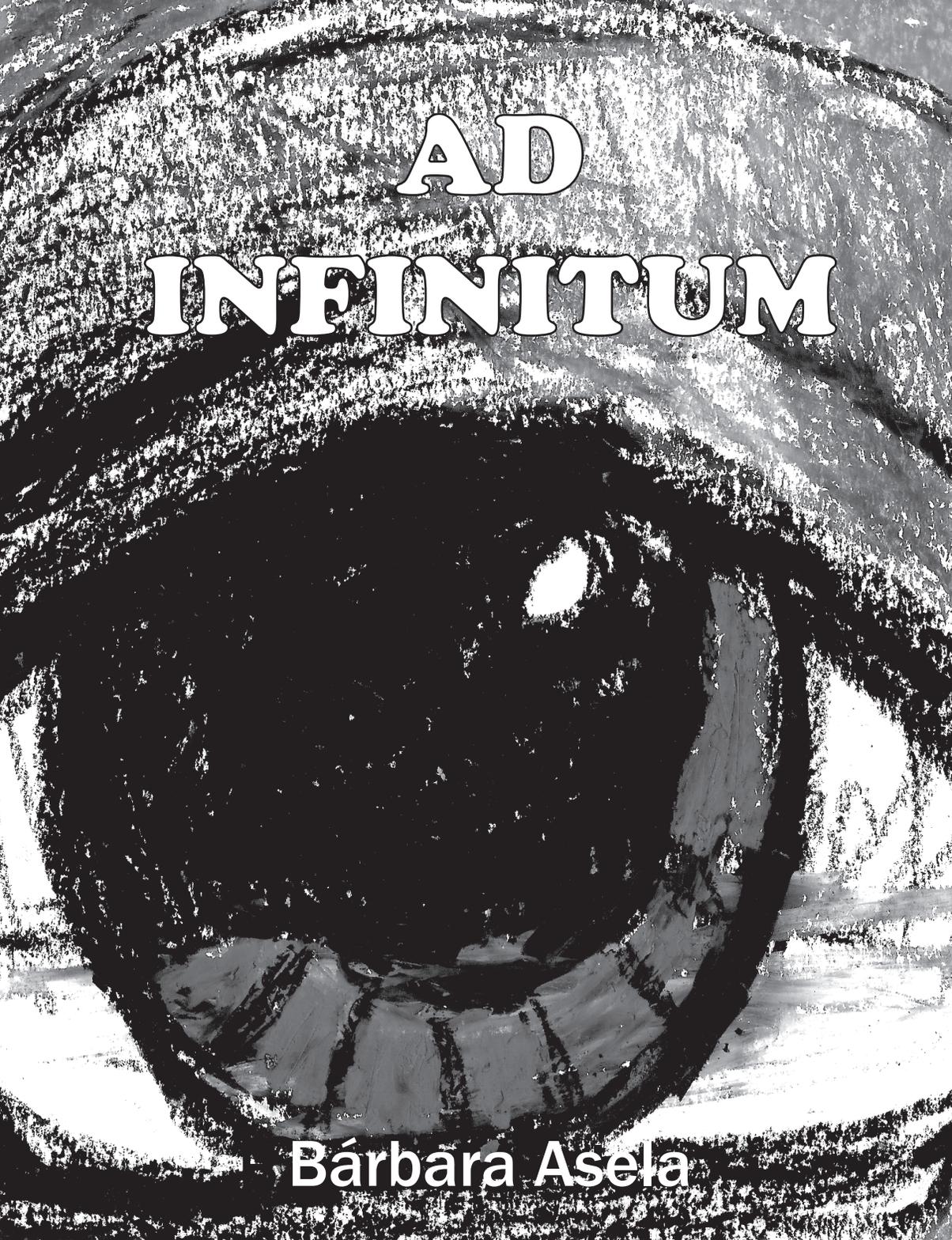


AD INFINITUM

Bárbara Asela





**AD
INFINITUM**

Bárbara Asela

Ad infinitum
© Bárbara Asela 2021

Primera edición agosto 2022
Interpec, A.C.
Ciudad de México

ISBN: 978-607-99342-1-7

Diseño de cubierta e interiores: Paco Velázquez
Imagen de cubierta: Carla Morales Zavaleta

Interpec, A.C.

Director ejecutivo: Juan de Dios Escalante Rodríguez

Jefe de producción: Daniel Ávila Martínez

Responsable de edición: Francisco Tapia Velázquez

Vinculación y comunicación: Bárbara Asela Flores Iturbe

Impreso en México

AD INFINITUM

Bárbara Asela

*A veces solo hace falta...
un feliz cuento de horror.*

1. Ad infinitum

Cada vez que veía a la gente en las calles, en el transporte, veía lo poco y lo perecedero, entonces era mucha la pena aunada al cansancio... Ahí un indigente, ahí otro más, y en cada paso adelante venía ese dolor en las espinillas, venían además esos pensamientos: “La gente que no es indigente, ¿por qué no lo es, de dónde saca los impulsos para no serlo?”

Apenas se detuvo a contar las monedas para comprar un pan, pudo ver y oler a una mujer quien miraba perdidamente los vitroleros con agua, compró el pan y se fue dándole una mordida. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, así sucesivamente, la fuerte tensión en los huesos, tibia y peroné, como si hubiese recibido una patada... La gente tenía la energía para no ser indigente, no lo serían, no ellos, no en ese momento de su vida, porque había recursos económicos y mentales para no serlo, quizá más bien la gente ni siquiera lo pensaba y ella era de los pocos que mantenían aquellas disquisiciones.

Luchar, luchar, a diario luchaba, para mantenerse despierta durante el día, y luego luchaba para dormirse de noche. Luchar para soportar el sueño y la desdicha de ver las niñas casi desmayadas, colgadas a sus madres famélicas, de ojos hundidos, vendiendo palanquetas y alegrías. Ella estaba comiendo, en aquella concurrida fonda para empleados, cuando se enteró del asesinato de Esther adentro de las instalaciones escolares, siendo así, llamó al mesero y le pidió la comida para llevar, mientras el mesero iba a envolver la comida, una vez más vino la mujer con su niña pegada al cuerpo para volver a ofrecerle dulces típicos...

—No, gracias.

—No, gracias..

—No, gracias...

—No, gracias....

Ad infinitum...

¿Cuántas veces al día había que decir?: “No, gracias”. Conviviendo masivamente con el plástico, el unicel, el aluminio... se quemaba el pensa-

miento. Iba discurriendo, llevando con cuidado la charola envuelta con la comida que guardaría para el otro día. Otra digresión calcinada para el repartidor de propaganda, recibido en la mano palpaba aquel cuarto de hoja carta resbaladizo, y de inmediato sentía nublársele la vista, por esto no alcanzaba a ver lo ofrecido, además no le concernía, debía irse pronto pues creía la miraban, pero en realidad, nadie la miraba, porque parecía no importar que alguien llorara.

Llegando cerca de Peña Pobre, mientras andaba en el camellón de adoquín con árboles, monumentos, bancas y fuentes deshidratadas con basura adentro, miraba, sin requerir del alumbrado público, porque a esa hora aún perduraba la luz de la tarde noche, del lado derecho la circunvalación hacia el centro de la ciudad, con la serie de hospitales, los estacionamientos exclusivos para las ambulancias y uno que otro hotel de paso, y del lado izquierdo transitando hacia el sur, con los laboratorios, las farmacéuticas, las cadenas comerciales, los bancos, los restaurantes, los pretéritos caserones convertidos en negocio y la salida hacia la carretera, que lleva fuera de la ciudad, visto así, de manera superficial, no parecía tan ajeno...

Había una familia ahí, por donde ella andaba, unos de pie, otros sentados, entre infantes y adultos congregados, seguramente aquella gente esperaba el último informe de su familiar paciente. Un hombre de los allí reunidos en el camellón de adoquín, árboles, monumentos, bancas y fuentes deshidratadas, la vio acercándose, ella miró a ese hombre con aquel pelo hispido, naciente a mitad de la frente, sin cruzar palabra, el hombre le dijo con los ojos ojerosos que estaba acostumbrado al abatimiento, a la espera en la calle, al hambre, al frío, a respirar el humo de los vehículos en medio de la Glorieta, a llevar sólo para el pasaje o menos, a los malos tratos de los empleados del hospital, a la relegación social y paternalismo que el personal médico de manera habitual le hacían sentir a él, y a todos los suyos, al despotismo de mucha gente del centro de la ciudad, pues a leguas se les notaba que arraigaban en la periferia y que eran obreros, campesinos y/o comerciantes, a distancia se les discernía el despojo y las necesidades básicas sin cubrir. Ese hombre la miró y ella se percató de toda aquella añoranza revestida de

morbo, añoranza heredada ancestralmente, tal vez ignorante él de las causalidades de aquella pobreza normalizada que tantos, como él, sobrevivían, y morbo pues para él, ella era una mujer quien paseaba en medio del camellón, estando ya por terminar, esa última luz de la tarde.

Ese día ella había regresado de la Gran Avenida, mucho más ancha, larga y caótica que la Glorieta de los Hospitales. Allá en la Gran Avenida, en medio de la gente aglomerada frente al semáforo en rojo para los transeúntes, se detuvo una joven madre que sin exasperación pedía una moneda, nadie la miró, las mujeres de pelo liso y traje sastre, con bolso de piel, lonchera y zapatillas llevaban prisa, porque para todo en la ciudad se hace tarde, la joven madre habló y acostumbrada al rechazo y a la genuina abulia espero a ver si alguien sacaba algo de la cartera, la gente avanzó cuando el semáforo indicó y la joven madre, sin recibir una mirada, siguió por la banqueta jalando a su criatura, bajo los fulminantes y nocivos rayos solares, dando directo, pues los consecutivos edificios de materiales y armazones modernas, no sirven a esa hora ni para dar tantita sombra. Con o sin sombra todo va en marcha, y si no se anda rápido, la propia gente va quitando del paso a la gente, va haciéndola a un lado, porque pareciera que toda la gente tiene un destino, tiene dónde llegar, qué hacer, qué cumplir, pareciera existiese un verdadero sentido, eso es la “vida”, así se va su tiempo, se van consumiendo, la calidad de sus huesos va mermando, se van hastiando, abrumando, hasta que un día sucumben y ya no se levantan... y mientras les merodea la víspera de la mortaja, se ciñen con ferocidad a lo finito, como si algo fuese de ellos, como si valiera la pena llegar a la metástasis, corolario de evadir la percepción más auténtica de su ser: el resquemor hacia los demás y hacia sí mismos.

Ella siempre iba cundiéndose de lo que veía en la ciudad, y una cosa le taladraba la humanidad: intuirse una intrusa en todo momento y en todas partes, ad infinitum.

Después de la Gran Avenida, se llegaba a la Glorieta de los Hospitales y de ahí había que llegar caminando a Peña Pobre, allí donde a las viejas les habían tocado los minuciosos plomos de la fábrica de papel, además de la pasadera del tranvía cargado de gente, pues la casa de ellas estaba a ras de

la banqueta, en una mera esquina, así que ellas de todo se enteraban, sabían quién iba, quién venía, quién nacía, quién se moría; también por estar al paso, las cosas y las gargantas se henchían, porque el impacto del tranvía con los rieles levantaba invisibles polvaredas, además de la nata humeante que disipaba en su afanoso trajín, esos finos e inorgánicos polvos se adherían fundando colonias de partículas que perduraron décadas.

2. Lo habitual

En casa, las viejas la pasaban entre sus matas, entre sus hortensias entelarañadas, buscando plagas para acabar, no fueran a tragarse sus rudas, sino con qué se iban a limpiar los malos aires que les tocaban por estar tan al paso de gente que ya no conocían. Así la pasaban las viejas, frotándose alcohol alcanforado, aplastadas en las sillitas de palma, releyendo su colección de Selecciones de los sesentas para adelante, engullendo pan de azúcar con café o bolillo con chocolate de agua a las siete de la noche. Muchas veces permanecían quietas entrecruzando los diez dedos, con las manos recargadas cómodamente sobre el regazo, quedaban pensantes un largo rato; ya caído el atardecer miraban la nada, a veces interrumpida la nada porque los gatos se atravesaban, a veces sintiendo el resoplo del ambiente que empezaba a humedecerse, mientras decían con sus voces de viejas, “Ya va a llover...”, y al rato caía la llovizna.

Desde las seis de la mañana ya andaban en pie, abrían los ojos y al incorporarse para sentarse un rato en su cama tosían un poco para acomodar las flemas. Ya con la firme decisión de quedar en pie, arreglaban el lecho con devota parsimonia, después se disponían a quitarse el camisón para colocarse sus vestidos mugrosos, se ataban el cabello blanco en trenzas, sino es que en trenzas se habían dormido, y metían las patitas en sus zapatitos negros con acolchonado soporte, adquiridos en almacenes Xitle; al final, abrían un filito sus ventanas para que el aire acumulado por la noche saliera y entrara el aire del nuevo día. Salían bien abrigadas, porque la arquitectura de esa casa era de pueblo, por consiguiente, al salir de sus habitaciones daban de frente a la intemperie; si había llovido la tierra se volvía lodo, las paredes y el techo se humedecían, habiendo que poner cubetas en las goteras, y cuando la lluvia caía sesgada había que secar los charcos de los pasillos interiores, los cuales se hallaban expuestos pues no había ni ventanales, ni muros, sólo una serie de gruesas columnas dando sostenimiento al tejado, columnas intercaladas a lo largo del borde de los pasillos, la construcción se encontraba levantada poco más de un metro de la tierra que daba inicio al

jardín. Así las viejas salían de su habitación y andando por el pasillo, iban haciendo a un lado los moyotes patas arriba que murieron durante la madrugada, a veces se les enredaban en la enagua, donde traían crujiendo y despedazándose el cadáver, sin darse cuenta.

Las animaba a salir de la habitación el olor del desayuno, la tibieza de la cocina, la visión del plato servido, sentir el cuerpo de la tortilla en la palma de la mano, el sabor del atole o de la avena desvaneciéndose en la lengua, revivir esas sensaciones las hacía moverse, desentiesarse, buscar entrar en calor. Después del desayuno se quedaban un rato sentadas, pasmadas por la digestión, sintiendo entrar el fresco de la mañanita por el arco, sin cortina ni cristal de la cocina, desde ahí alcanzaban a ver y oler la glauca clorofila de las plantas, no queriendo se levantaban para irse a sentar a las mecedoras de la salilla, tomando del cajón de la cómoda el librito de oración, el rosario y el escapulario bendecido y enredado, ya puestas en las mecedoras, casi vencidas, no se sabe si estaban rezando o si ya se habían quedado dormidas...

—Doña Saturnina... doña Rigel... ¿ya se durmieron?

—¡No, estamos concentradas!—contestaban ellas.

Y entonces los labios se volvían a ver en movimiento, el laconismo de los párpados retornaba y las manos retomaban las cuentas del rosario. Terminando, quedaban dedicadas a mirar circunspectas, hasta que una se animaba a levantar su humanidad de la mecedora, para ir hacia el jardín ubicado al centro de la casona, en aquel centro había un pozo vacío, detrás de una iba la otra vieja, ya paradas sobre el verde miraban las gotas de rocío que subsistían entre la hierba crecida y en las campanillas anaranjadas del granado, éste sujetado por una cuerda a una columna de la casa, miraban y reían al hallar a las invertebradas lombrices buscando, desesperadas, un hueco para volver adentro de la tierra.

Antes del mediodía volvían un rato a la cocina, ayudaban a limpiar el frijol, quitarle el almidón al arroz, pelar los ajos y los huevos duros, desprender la cáscara de los tomates verdes y de las papas hervidas, sacar los chicharos de las vainas, desmenuzar la carne, rallar el queso, cortar un ramito de perejil; mientras tanto sonaba la radio, interrumpida por la mala sintonía o por el

ruido del motor de la licuadora moliendo los pedazos de sandía, después volvía la radio... “Querido auditorio, tendremos el decoro de obsequiarle un juego de cubiertos a la primera persona que se comunique y nos diga el nombre de la intérprete de...”, el locutor terminaba la introducción, y después se transmitía la canción que a veces las viejas tarareaban.

A las siete de la noche, ya que las viejas estaban sentadas en la salilla tomando la merienda en los pocillos despostillados, ella resintonizaba la radio en la cocina, en ese programa al que la gente llamaba para preguntar por qué le estaban pasando cosas malas, la respuesta del locutor, quien era “experto” en destorcer sortilegios, siempre era la misma, decía que esa persona debía ir a excavar en el jardín de su casa hasta dar con una cáscara de coco podrida, enterrada ahí, pues en esa cáscara se hallaba el anatema que alguien cercano a la persona le había prodigado, era por eso la pérdida del empleo, el engaño de la pareja, el accidente en el autobús, la enfermedad incurable. Mientras la voz del locutor se escuchaba con un poco de interferencia, ella ponía a hervir una jarra de peltre con agua y romero, porque en las noches las viejas tenían insomnio y debían tomar algo para calmar las nostalgias y las ansiedades, siendo así, el brebaje resultaba ser un paliativo que igual ralentizaba el corazón durante la taquicardia, o lo ponía a tono cuando ya no quería latir. Simultáneo a los menesteres, a través del arco de la cocina, sin cristal ni cortina, se comprendía la oscuridad de la noche, se aguzaba el oído para escuchar el aleteo de las libélulas y al suave céfiro meneando la hierba sin podar, esparciendo el olor del anís silvestre.

3. La viuda Arenas

Esas viejas llevaban muchos años siendo viejas, más años de los que habían sido niñas, muchachas o mujeres de mediana edad, al menos eso miraban los vecinos de Peña Pobre, vivientes en sus casonas antiguas, descarapeladas y pobres, ocupando terrenales heredados imposibles de costear y modernizar. Las casonas eran sólo cascarones, paredes y aposentos maltrechos, pintados una vez y nada más, esas casonas podrían pasar por abandonadas, pero no, habitaba ahí la gente, rotosa, callada, expectante; alguna vez el progreso había querido llegar con la fábrica y con el tranvía, sin embargo, más llegaba la polución, aquella contemporaneidad industrial no le pudo quitar lo raro y lo ralo a Peña Pobre, lo aislado que estaba de lo que pasaba en el resto de la ciudad. ¡Cuánta gente no fue echada por no pagar sus deudas, quedaban en la calle, míseros, nomás mirando sin parpadear sus pocos y viejos muebles, sin saber qué hacer, daban pena!, pero esas situaciones eran la normalidad en el vecindario. Quién sabe a dónde iban, para dónde jalaban, a nadie le importaba, no se sabía si padecían en la calle o los acogía algún familiar en la misma ciudad o fuera, porque muchos de los de ahí o casi todos, eran oriundos de otras partes, sólo que por algo les había tocado radicar en Peña Pobre.

Las viejas, ¿sabrá de dónde serían...? Unos dicen que en ese mismo terreno habían nacido, por ahí de principios de siglo, sin embargo, eso parecía una exageración, aunque pensándolo bien y ya mirándolas detenidamente, más de ochenta sí tenían. Esas viejas, llevaban muchos años siendo viejas... y habían tenido montón de cuidanderos y cuidanderas, todos se les iban por seguir su camino, por falta de tolerancia, porque atender a las viejas y la casona era un verdadero trabajal, que no redituaba la paga que recibían, unos iban y venían, los menos vivieron con ellas, acaso algunos se fueron porque con el tiempo las viejas se mostraban tal como eran, muy feas y muy extrañas, en consecuencia, los cuidanderos se apabullaban y decidían renunciar, los menos se aguantaban las rarezas, pero eso sí... luego necesitaron tratamiento. No todo el tiempo fue así, las viejas tuvieron sus amistades...

...Tuvieron amistades, otras viejas muy viejas como ellas.

Una era la viuda Arenas, quien vivía sola sobre el Bulevar del Tranvía, antes de llegar a la esquina de la calle Sillón de Mendoza, en una casa de una planta amarillo pálido con terminados en chedron, la cual poseía en lo más alto de la fachada, bajo la casi imperceptible cornisa, un sencillo y antiguo atavío que consistía en una especie de ventanilla abierta, asemejando un trébol de cuatro hojas; desde afuera se veía la cochera, el jardín con unos cuantos nísperos y naranjos, al frente y atrás, sembrados al azar en el césped recortado. Arriba, a la izquierda, pendía de la pared a un lado de la puerta de entrada, una cadena que sostenía una amplia jaula con dos loros y, abajo, del lado derecho de la puerta, se hallaba la toma de agua, con una llave conectada a una manguera serpentean-te sobre el concreto de la cochera y, al fondo de ésta, un inservible automóvil de los cincuentas. A un costado de la cochera, la puerta de entrada tenía dintel redondeado y un escalón bajo en media luna hecho de tabique; al frente, la casa poseía tres anchas ventanas, todo a la vista del transeúnte, el límite de la casa con la acera pública, era una barda de medio metro de alto que sostenía una malla ciclónica.

La viuda Arenas era conocida en la colonia por preparar en la época de las posadas un delicioso y tonificante ponche, se la apreciaba por dotar a la comunidad de aquella bebida sabrosa e hirviente, creando en el ambiente un olor a tejocote, guayaba, canela y caña. Para poder destinar dinero a la compra de los ingredientes del ponche a fin de año, la viuda Arenas llevaba un ahorro, pues la pensión que recibía como viuda apenas le alcanzaba para tratarse sus padecimientos con medicinas homeopáticas, unas gotas amargas que penetraban la lengua todo el día, el tratamiento era suscrito por un médico con consultorio en el centro de la ciudad, en un viejo y distinguido edificio de mosaicos de mármol, con alfombra y elevador de rejilla dorada. La viuda Arenas, además de ir a consulta sin fallar cada dos meses, llevaba años trabajando de forma esporádica con el homeópata, era así cuando faltaba la asistente en turno, quien contestaba el teléfono para agendar citas y revisaba las recetas de los pacientes después de su consulta, para surtir de manera metódica cada medicamento; el consultorio abría martes, jueves y, cuando

el médico no salía de la ciudad, los sábados, se iba atendiendo como se iba llegando. La sala de espera en el quinto piso se llenaba de diversidad de personas, llegado el turno, se sentía la personalidad magnética del médico, quien esperaba sentado en su escritorio con las puertas del balcón abiertas tras de él, dejando arribar los sonidos y las luces del centro de la ciudad. Ingresada la persona, ya con puerta cerrada, el médico pedía al paciente tomar asiento, mientras él continuaba sentado para escribir sus notas, escuchando silencioso y atento, sin despegar la vista del papel, la historia de su paciente, después se levantaba para acercarse con aquel templado andar, valorándose su insospechada altura, ya de pie pedía al paciente sentarse en la camilla, la cual estaba al lado de una linterna encendida, a manera de que el rostro de la persona quedara iluminado, entonces el médico apagaba la luz del consultorio y acto seguido, a mano desnuda, el homeópata auscultaba primero el iris de un ojo, observándolo bien de cerca, para hacer lo mismo con el otro, a través de este acto reconocía en qué órganos se localizaba la enfermedad, volvía a su sitio y proseguía el escrito, así tenía cantidades incontables de documentos, pasados a máquina, con las historias de sus pacientes, organizados en archiveros de manera cronológica.

La viuda Arenas quedó traumatizada ante un acto severo, pues una de las veces que se le solicitó sustituir a la asistente del iridólogo, vio desde los estantes donde se acomodaban los frasquillos etiquetados con tlaxcapan, acantea y bálsamos, cómo un joven, quien esperaba consulta acompañado por padre y madre, se tiró por el ventanal abierto de la sala de espera del consultorio, ante la azorada vista de otros pacientes, impactándose contra la amplia banqueta donde murió con los ojos abiertos y cráneo roto.

4. Irene Saldaña

Cerca de la vivienda de la viuda Arenas, atravesando el Bulevar del Tranvía, vivía Irene Saldaña, otra vieja, amiga de las viejas. Su casa era angosta, de dos pisos, pintada de un supremo tono rosa, parecida a una mínima y atiborrada selva, con azaleas y frondosas trepadoras de campánulas pastel, con una exigua, pero bulliciosa fuente redonda de tres pisos, limpia con agua fluyente, adornada de una ranita petrificada a la orilla. Por dentro la casa era oscura, de puertas y suelo de madera, las escaleras y su bruñido pasamanos también eran de madera pura, se encontraba cargada de libreros, elaborados del mismo material, los cuales a pesar de los años continuaban aromatizando a bosque, mezclando el olor de la madera con el olor de las hojas de los libros, los libreros hacían juego con una mesilla redonda que poseía, al centro, un florero de porcelana china, éste por costumbre albergaba una veintena de grandifloras rojas. En la reducida sala, llamaba la atención cómo es que habían metido un piano de cola, ¡de cola!, decía Irene que había sido un regalo, lo mismo refería de una guitarra y un clarinete, instrumentos musicales que nadie tocaba, sin embargo, alegaba que en casa se escuchaba a Isaac Albéniz, Heitor Villalobos, Agustín Barrios y Claude Debussy. En la planta alta, se hallaba un pulido mueblecillo de tabla rojiza con varios niveles, en el nivel más elevado había un estuche con ciento cincuenta colores núbiles, cada uno grabado con su nombre, habían sido usados, sí, pero no para colorear, sino para que el marido de Irene escribiera acerca de los nombres de los tonos de aquella vasta gama, para deleitarse en soledad, dirimiendo una de sus necesidades más inexplicables y abstractas, así sentía y observaba cada unidad, después fabricaba un solo cuerpo uniéndolo entre sus manos, regocijante ante la intensidad de los grafitos. Los demás niveles del mueblecillo, de arriba abajo y de abajo arriba, estaban ocupados por una cuantiosa sucesión de curiosas y detalladas miniaturas hechas de madera, cristal, tela y metales, eran, estas miniaturas, los muebles de cada una de las partes de una casa, Irene encomiaba delante de cualquier visita estos objetos tan bien

elaborados, a tal portentosa colección de bellezas sólo permitió que Esther, la única nieta de su marido, la tocara, pues la propia Irene le había enseñado a tratar aquellas: “piececitas de ensueño...”. Además, distribuidos por toda la casa, había óleos donde privaban inflexiones sombrías, enmarcados en gruesos marcos, alumbrados por una serie de lamparillas, pendientes del techo o de las paredes.

Irene vivía con su marido, al que presumía como un importante intelectual, quien debía partir largas temporadas por propósitos académicos y laborales, por tanto, ella vivía casi sola con Perrita, una perra de raza miniatura con pedigrí. Tenía Perrita el hocico ligeramente alargado, orejas cortas y puntiagudas, dócil pelo de león, con cola esponjada, ladrante y saltadora de un mueble a otro, o relajada sobre las piernas de su dueña, pasaba las horas. Irene, a pesar de los años, mantenía su figura, era admirada por la gente, vestía faldas de lino que le cubrían las rodillas y blusas estampadas de cachemira fina, con botones nacarados al cuello y en los puños, siempre fragante a “Corina Guerrera”; la vestimenta permitía estimar la silueta de la mujer, comprendiendo con algún movimiento lo ceñida que se preservaba la cintura a las costillas, constituyendo un reducido talle. Cuando salía a la calle iba impecable, con sombrero de ala ancha y una cinta atada a la copa que combinaba según su atuendo, así para ocultarse del sol, daba pasos cortos y halaba la cadenilla de Perrita, cuando se hacía acompañar por la mascota. La grácil mujer realizaba sus mandados, principalmente dos: ir a la boutique “Moda y novedades”, a unos minutos del Estadio, donde, además de hacerse amiga de los vendedores, adquiriría sombrillas, bolsos, abanicos, guantes, medias, pañoletas, filigrana, chapa de oro y perlas de Mallorca; el otro mandado, era supervisar que marchara bien la sastrería y ver al aprendiz del oficio, el tal Lino Suárez.

5. Las sauditas

Por último, las viejas tenían tres amigas más, unas primas a quienes apodaban las sauditas, siendo sus nombres Kralice, Olga y Eritrea. Las llamaban las sauditas porque eran hijas de tres hermanos inmigrantes árabes, sus madres habían sido mexicanas. Dos de los árabes vinieron primero al país para arreglar un negocio que con el tiempo creció y se enriqueció, el tercero llegó medio año después, fue a quien le correspondió quedarse en su país para ser el contacto de los otros dos y así, reunir la documentación concisa para hacer legales sus transacciones, aunque no cien por ciento. Fundaron a partir de una casa matriz varias más, buscaron inmuebles con la característica de que fuesen adaptables para ser bodegas, inmuebles alojados en edificios, a poco de estar decrepitos, para que la renta inicial y después la compra de los mismos, no resultara elevada, aunque su céntrica ubicación en las calles aledañas al zócalo de la ciudad capital, incrementaba su valor. Las casas matrices “Petra”, eran distribuidoras de minerales, incienso, artículos suntuarios como alfombras, figurillas y muebles tallados en madera con incrustaciones metálicas, además vendían trajes para danza, bisutería, velos y ropa, en su mayor parte de seda, las utilidades se importaban de Medio Oriente, la India y China.

Las primas eran solteras, vivían calle arriba, pasando la curva donde había estado la primera o la última parada del tranvía, según se fuera o se volviera, sombreada por un encino y bajo el encino una banca de piedra, por allá las casonas a simple vista se veían propiedad de gente adinerada, calles donde la piedra volcánica en los muros de las bardas y en el suelo, así como la fastuosa vegetación, aguardaban humedad, no era necesaria la lluvia, las calles eran frescas cuando se paseaba por ellas. Aquellas calles guiaban al paseante hacia el centro de la delegación, la cual de inicio no había pertenecido a la capital sino a un estado colindante.

Este centro, esmeradamente cuidado, contaba con kiosco, fuentes renovadas en cada esquina, arbustos y decenas de agapantos por doquier, álamos

y nogales vigilados para que no rompieran el embaldosado con sus raíces, dando sombra a las bancas de acero casi siempre ocupadas por los visitantes, o los que esperaban para realizar algún trámite en la delegación. Aquí se localizaba también el palacio colonial convertido en sede delegacional, con sus murales ilustrando la historia del lugar, desde la época prehispánica con las culturas milenarias asentadas entre los manantiales y cerca del volcán. Después la historia general, abarcando el periodo de conquista y los siglos del virreinato con los encomenderos, los frailes catequizando a través del teatro, el sincretismo religioso, el Santo Oficio, las haciendas, las minas, la violencia perpetrada hacia las comunidades originarias... Otro cuadro estaba dedicado a la imagen del proceso de independencia, con el rostro del sacerdote criollo en primer plano; se avanzaba pues hacia el siglo XIX, habiendo sido el decimonónico un conglomerado de disputas internas, las cuales debilitaron el frente nacional ante amenazas extranjeras, generando la mutilación territorial y, por ende, la asimilación de una nueva disposición geográfica; entretejiéndose a todo esto... la modernización del Estado que implicó su secularización, representado por un abogado zapoteca y las leyes que sustentaron su apotegma liberal radical. Posteriormente, el encumbramiento de la dictadura, la inversión extranjera, los ferrocarriles, la repercusión de la ciencia, el ateneo, la militarización, el afrancesamiento de la oligarquía, los terratenientes con sus latifundios, la explotación de los indios, la coacción contra la libertad de expresión, la oposición política y social, la identificación con el martillo y la hoz y la caída del régimen. Más adelante, el proceso revolucionario con la participación de facciones divergentes, en las que las demandas del pueblo eran representadas por dos hombres, uno del norte y otro del sur, portavoces de las masas populares, con sus caballos, sus sombreros, sus bigotes y sus carrilleras, sintiéndose impropios al caminar sobre las calzadas de concreto de la capital, pues estaban acostumbrados al terregal de los caminos rurales; mientras tanto el congreso, la carta magna, y bueno... el posicionamiento en el poder de un partido dirigente, la reforma agraria, el petróleo, el Estado benefactor, la guerra mundial, el milagro, la fundación de instituciones públicas, la consolidación de la clase media, el

nacionalismo, la industrialización, la universidad, los sindicatos, las huelgas, las matanzas, la polarización ideológica, las devaluaciones de la moneda, el crecimiento demográfico, el endeudamiento, la migración hacia el país del norte, los terremotos, la explosión demográfica, la inflación, el desempleo, la falsa democracia, el dedazo, el neoliberalismo, la tecnología, el narcotráfico, la reivindicación de los indígenas por los indígenas mismos, la fuga de capitales, todo esto, panorama variopinto de un entramado de crisis sobre crisis...

Al frente de la sede delegacional, trimestralmente se realizaban ferias artesanales como la del alebrije, el amaranto o el mezcal, además de instalar cada mes un escenario y convocar a grupos dancísticos o teatrales para presentar sus proyectos artísticos ante todo público. Alrededor de la plaza se hallaban la iglesia, el mercado, los abarrotes, el parque, la paletería, el café, la cantina, la botica, la mercería, la peluquería, la papelería, la biblioteca, la clínica y la escuela.

Las sauditas habían sido las reinas de la colonia, ofreciendo fiestas heterodoxas, acrecentando su popularidad entre la abundante comida y los jaiboles, la psicodelia, las minifaldas, las melenas, los bikinis, el rock, la música árabe, los ácidos, la filosofía existencialista, la literatura del boom, el cine; tenían amigos que habían vivido la represión política, mientras que otros de los que asistían a sus convites eran hijos de los represores. Las fiestas se realizaban en la quinta “El Pavorreal” pertenencia de sus padres, con vivero donde correteaban las iguanas bajo los ahuehuetes y aguacates, estanque con tortugas y peces, un patio de cantera y fuente donde jugaba y bebía Bayola, la magra perra dóberman de las sauditas; además la quinta poseía piscina, un bungalow y su joya más valiosa, un singular kiosco revestido de mosaico, al que subían los pavorreales para lucir su extendido plumaje.

Al pasar los años, las sauditas se dedicaron a la supervisión de las sucursales comerciales surtidas por las casas matrices que habían heredado, las señoras iban de un anexo a otro revisando la mercancía, administrando los dineros, pagándole a los empleados y arreglándoselas con todo tipo de comerciantes, incluyendo los narcomenudeistas, quienes andaban por esos lares trasladados en sus motocicletas, moviendo su producto, extorsionando, secuestrando e involucrando gente en sus redes.

6. Té de romero

Estaba ella esperando el hervor del té de romero, cuando sintió mojársele la punta de la nariz con el vapor de la bebida, esto mientras sacaba los pies de los zapatos para descansarlos, levantando uno y otro pie hacia atrás, casi tocando el talón con la nalga... había cesado un poco el dolor en las espinitillas, pero ahora le punzaban los metatarsos... “Ya nada más que esto hierva, apago la flama y apago la luz.”, tramaba. Sin zapatos, fue y sacó tres pocillos del mueblecillo azul menta que se usaba para los trastes chicos, sobre la mesa de la cocina ya estaba preparada una charolilla, entonces acomodó los tres pocillos ahí. Volvió a la estufa, el té hirvió por dos minutos, apagó la flama, se calzó los zapatos, caminó hacia la puerta y apagó la luz. Saliendo de la cocina pasó junto a la cómoda, se detuvo allí, sopló la vela del quince que las viejas encendían para venerar la imagen de una santa que ella nunca había visto, junto a la imagen de la santa se iluminaba el retrato de otra vieja, muerta antes de que ella llegara a la casona o, al menos eso concluía pues nadie le había aclarado nada.

Dieron las doce campanadas, marcadas por el reloj de pie de la sala grande, pieza que nunca se usaba. Esa pieza de techo alto se halló siempre en penumbras, su acceso era una puerta de madera clara con doble hoja, en medio de dos ventanales interiores a la casona y dos ventanales más, cubiertos con doble cortina, los cuales permanecían invariablemente cerrados pues daban hacia el Bulevar del Tranvía. Los muebles eran largos sillones forrados de tela tiesa con relieves, más una larga y rectangular mesa de centro sin ocupar, las paredes estaban descarapeladas y de ahí colgaban los retratos de las viejas cuando señoritas. El reloj de pie sonaba fuerte, difundiendo el campaneó por toda la casona, era la hora en que las viejas se levantaban con sus batones, portando encima unas capitas hediondas que nunca les gustó lavar, esto para cubrirse del sereno nocturno; salían de sus habitaciones, se andaban por el pasillo dirigiéndose a la cocina, iban por la jarra de peltre, servían los tres pocillos con el té de romero, colocaban la jarra de nuevo en

la hornilla, para salir de la cocina con la charolilla en los brazos tembleques y, luego, convenirla sobre la mesa del comedor que estaba frente a la cómoda, todo a paso lento y a oscuras. Encendían de nuevo la vela del quinque, situaban un pocillo con té frente al retrato de la vieja, por último, tomaban asiento arrimándose cada una su pocillo, subiendo los codos a la mesa, entrecruzando los diez dedos... recargando ahí la frente... cerraban los ojos y comenzaban a murmurar... cosas.

Afuera, nadie... o quizá alguna gente enfiestada meándose en la altísima mora de la banqueta, o un atracador esperando el momento propicio, o quizá un loco perdido en la calle.

Acostada, cara al techo, se acordó de la mujer mirando perdidamente los vitroleros, de la muerte de Esther, de las madres con sus hijitas, del repartidor de propaganda, del hombre en el camellón de adoquín en la Glorieta de los Hospitales, todo en un instante, siendo así, cerró los ojos y durmió un par de horas.

Despertó cuando comenzaron los ruidos, así cada noche desde que había llegado, los gatos empezaban a cambiar sus maullidos y ronroneos para hacer como niños recién nacidos, el viento corría libre por los pasillos y movía las puertas cerradas de los aposentos, de la sala grande, de la cocina, de los baños, de la bodega, en el jardín se escuchaba el aterrizaje de las aves nocturnas, batiendo sus alas entre la higuera, haciendo soltarle sus frutos maduros, los cuales ya caídos picoteaban, y las viejas... las viejas, “¿A qué se dedican las viejas a estas horas, por qué no duermen?”, especulaba ella con los ojos completamente abiertos... “Es que están viejas y tienen muchos recuerdos; asuntos psíquicos que no las dejan...”, era su respuesta. Trataba de dormir, pero ya no podía, debía mantenerse en cama, en su dormitorio, pues algo le hacía percibir que salir podría ponerlas histéricas, era la hora de ellas, de sus rarezas, de sus cosas privadas, que sólo ellas entendían, prohibidas para ella y para el resto de la gente, sólo la naturaleza aglutinada en el jardín podría ser testigo. No, no debía salir, aunque escuchase gemidos, o voces distintas... empezaba un conteo de números, algo que la distrajera y a la vez le conciliara el sueño, sin embargo, el exterior la mantenía en vigilia. “Ellas

levitan...”, vagaban estas dos palabras en su mente, en consecuencia, volvía al conteo y cambiaba de postura, haciendo tronar la estructura de latón de su cama, colocándose de perfil, cubriéndose con sábana y cobija de pies a cabeza... puesta así, venían otras palabras... “Ellas hablan con la del retrato y la voz les cambia...”, acto seguido, consideraba lo absurdo que esto sería.

Silencio... otra vez... y al poco rato escuchaba a las viejas arrastrando los pies en el pasillo, regresando cada una a su habitación, inmediatamente, haciendo a un lado la ropa de cama, se dirigía a la puerta, abriéndola sólo un rabillo para asegurarse que ya no hubiera nadie. Salía de su dormitorio a través de un pasadizo y, como cada noche, caminaba a la mesa del comedor con la mirada fija hacia adelante, recogía los pocillos para concertarlos sobre la charolilla, acomodaba las sillas, llevaba las cosas a la cocina, echaba los pocillos en la tarja para lavarlos y ponía en la hornilla a hervir más té. Antes de clarear, las viejas volvían a salir de sus habitaciones y... todo se repetía.

7. El hombre del gabán

En la tarde del siguiente día, después de los menesteres, sacó del refrigerador la comida envuelta en unicel y plástico que el mesero le empaquetó, la tarde cuando se hubo enterado del asesinato de Esther, entonces la calentó en un sartén, la comió y se fue a la tienda de telas. Había que adquirir franela para tres frazadas, las que tenían ya estaban desgastadas y se les colaba el frío en la espalda y en las piernas, además llegaba el final del verano, alejando con sus lluvias diarias los residuos estivales de mayo. Levantó la tranca del portón, la acarreó a una esquinita, salió y cerró.

Caminó todo el Bulevar del Tranvía, con el dinero adentro de un monedero de tela oprimido en el puño izquierdo, jalándose el labio inferior con la derecha y mordiéndose la articulación del dedo índice de la misma mano, realizando ambos movimientos repetidas veces, cuidándose de los automóviles al atravesar las anchas calles, mirando en ciertas esquinas a los vendedores de muebles traídos desde algunas madererías, vendedores ofreciendo al peatón su oficio en tarjetillas. Iba pensante, sorteando los agujeros y los montones de tierra, ambos hechos por las hormigas en lo que parecía ser la impenetrable callosidad del pavimento, iba pensante, pero atenta, sin poder hacer a un lado ese constreñimiento originado cada madrugada, inscribiéndola en un estado de obnubilación, que sin darse cuenta iba permeando su personalidad.

Al final del Bulevar del Tranvía comenzaba una zona comercial con grandes establecimientos y ambulante, por consiguiente, el paso se volvía apretado, pues era una travesía atestada de gente que iba y venía. De toda gente se denotaba allí, la estudiante, el secretario, la trabajadora de la salud, la enferma con cubrebocas y hasta con tanque de oxígeno, el familiar del enfermo, el epiléptico con su identificación enmicada y colgada al cuello, el padre con su hijo al hombro, la anciana comprando fruta de temporada, la indigente recargada en la cortina grasienta y cerrada de algún bazar o recostada en la acera, gente mirando los aparadores, comparando precios o

comprando “chucherías” en los puestos, los enamorados hombro a hombro, de la mano o dándose un beso en la jardinera redonda de los almacenes Xitle, los que hacían fila esperando el transporte público... todo en un embargo de colisiones, mientras se oía “La cumbia de los pajaritos”.

Se detuvo unos segundos en la entrada de la tienda de telas, para observar los maniqués arreglados con cortes que simulaban ser auténticos vestidos; cuando entró se transformó el ambiente, siendo la temperatura más agradable y quedando los ruidos amortiguados en los múltiples mazos de tela, sonando de fondo la música del barroco. Avanzó entre los pasillos, escondiéndose de los empleados, porque gustaba de merodear un poco sin ser interceptada por nadie, siendo así, iba y pasaba la mano por los mazos de tela para sentir la disparidad de texturas. Experimentaba sensaciones afables en la tienda, esto derivado de la música, lo templado, la soledad en algunos de los pasillos, por tanto, ideaba cosas; de pronto oía alguna voz cerca y atenta escuchaba las historias sin ser vista, o disimulaba estar en lo suyo si la gente se hallaba frente a ella, todo para enterarse de acontecimientos ajenos. Luego observaba placentera cómo alguna empleada hacía su labor: ir por el mazo, instalarlo en la mesa cortadora, medir los metros, meter la tijera concomitante a la urdimbre, doblar la tela, hacer la nota sobre una calca... Después subía con placer una ancha veintena de escalones que la hacía llegar a un descanso, ahí permanecía unos momentos apreciando los montajes de modelos para cortinas, enseguida venía la segunda tanda de escalones para ascender a la planta alta, y hacía lo mismo... admirar, ahora detenida ante la pluralidad de colores de estambres, hilos y listones, ante los encajes, puntas bordadas, visillos y aplicaciones, ante las chaquiras, canutillos, diamantinas y lentejuelas, frente a las flores artificiales y la naturaleza muerta.

Al final pidió la franela para las tres frazadas, realizó el pago, entregó su nota y recogió su bolsa. Salió del almacén y se detuvo un momento en el centro de los humores producidos por la comida: los elotes hervidos o asados, los tacos, los tamales, los plátanos fritos, los waffles, las marquesitas... todo aquello revuelto con la humedad del verano, con el olor del cuerpo de cada gente y con las aguas corrientes mezcladas hasta con lo indecible,

como si fuesen las serosidades de una gigante... La gente le pasaba por todos lados, magullándole la bolsa frondosa por la franela, ella no se inmutaba, sólo miraba, sintiendo cómo se le adherían a la piel, al cabello y a la ropa los humos de la comida, el relente ácido de la ciudad, la repugnante pestilencia de las aguas, aguas buscando una coladera por la cual llegar a las cavidades subterráneas de la urbanidad.

Lo vio salir de los baños públicos y lo observó mientras él se detuvo a escudriñar un poco. Después él miró su reloj de mano, sacó un cigarro y lo encendió, dándole una primera fumada. Llevaba el pelo engomado, relamido hacia atrás, ella le miró las manos, se percató del color amarillento en la punta redondeada de los dedos, de los gruesos ligamentos uniendo las falanges y de las uñas tal vez recién recortadas, entonces se acomodó la bolsa con tela en medio de las piernas para mirar mejor. Él continuó fumando, inhalaba y exhalaba, denotando en sus casi imperceptibles movimientos formas ya muy amañadas; al inhalar, los pómulos permanecían por un instante más altos y la faz se volvía más estrecha, el ceño apenas se marcaba juntando sutilmente los magnos y oscuros ojos, con la punta de las pestañas tocando la espesura de las cejas negras... eran los labios salientes y al color de las cerezas crudas, con un prominente hueso emergiendo a la mitad del cuello, bajo la cuadrada y dividida barbilla; la chamarra de vinil y las botas marrón, combinaban con el color de la piel del hombre.

La miró mirándole, e hizo un ademán por poco vulgar, ella se cohibió y prefirió voltear la cabeza. Él se dio media vuelta y se acercó a mirar la lista de precios en la peluquería-barbería, la cual conectaba por dentro con los baños públicos, en breve sacó del bolsillo del pantalón unas monedas para un joven padre, quien tocaba el acordeón, y para sus dos criaturas, quienes entonaban un cántico a vivo pulmón, mientras meneaban con la manita un balde de plástico en el que recolectaban el sustento. Ella se distrajo mirando hacia el interior de la recepción de los baños, vio que del lado derecho había una puerta de cristal, turbio por el vapor, que en lo alto decía “Turco”, en letras mayúsculas con tintura roja, y del lado izquierdo, otra puerta que decía “Sauna”; después miró hacia el centro de la recepción la variedad de

manufacturas que se ofrecía en los mostradores: jabón, champú, rastrillos, crema, talco, desodorante, colonia, esponjas, gel, fijadores, peines, cepillos, artículos dentales, hasta ropa interior... entonces, imaginó el olor de su piel, recién enjabonada con algún producto de los que ahí se exhibían, sensación que le pareció detestable, creyó que preferiría se le acercase un par de horas después de asearse. Concertando las monedas en el balde, el hombre viró el torso y la cabeza hacia donde estaba ella, a continuación, sonrió un poco, revelándosele unos dientes largos y cortantes, como de hiénido, clavados en las encías negras.

8. La casa anaranjada

El cielo estaba poniéndose vigorosamente violáceo. Él decidió comenzar a caminar sobre su derecha, vadeando la zona de vendimia para salir de ahí, echando hacia atrás el humo de su cigarro. Sobre la misma acera llegó al departamento de muebles y electrodomésticos, en el que había un banco de ahorro y crédito, además de venta de bicicletas y motocicletas, se aceptaban abonos, por eso la recurrencia entre los consumidores. Él entró, miró las motos y sus precios, apenas pasaron cinco minutos cuando ya estaba de nuevo yendo sobre la acera, dirigiéndose hacia el Bulevar del Tranvía. Ella fue atrás, espiándole. La tarde comenzó a enfriarse, parecía se aproximaba un tupido aguacero. Anduvieron unas cuadras, avanzando sobre el lado contrario al de la casona de las viejas, de pronto él se metió en una calle diagonal al Bulevar del Tranvía, un poco después de Sillón de Mendoza; en la diagonal las calles seguían siendo anchas, pero más arboladas, se hallaban vacías, sin gente, sin automóviles y a la vera, las casonas antiguas, que por decrepitas parecían no albergar a nada ni a nadie, sin embargo, una que otra dependencia rascuache estaba abierta al cliente, montadas en aquellos cascos construidos en el siglo XIX, recubiertos con ladrillo y cemento para no dejarlos vencer.

El hombre había acelerado el paso, probablemente sintiendo la acechanza del diluvio. Se internó en la colonia y pasando un par de pensiles públicos llegó a su destino, una casa anaranjada con helechos en macetas colgantes, escaleras completamente cubiertas por un arco de contextura de acero, arco del cual pendía una exuberante madreSelva, toda la herrería era negra, así la de las ventanas arqueadas que dejaban traslucir luz en la planta baja de la casa, y del pequeño pero macizo portón, arqueado también, continuaba una breve y corta baranda. Se entró de prisa, ella lo vio subir las escaleras, perdiéndolo cuando fue apañado por aquella congestión verde con mínimos brotes floridos. Quedó escondida atrás de un tronco viejo, trepada sobre sus raíces, abrazando su bolsa; sin que ella lo viera, un cacomixtle la miraba arrinconado adentro de un hueco, entonces un relámpago deslumbró la naciente oscuridad y, segundos después... un fiero rayo estremeció la tierra...

9. Claudia

Se fue la luz. La lluvia fluyó con peculiar soltura, impactándose con pujanza contra el suelo, parecía ajaría el alquitrán, tantas gotas juntas borrarón la calle. No era fiable permanecer bajo ningún árbol así que, como pudo, buscó un sitio para guarecerse, eligió el techado de un zaguán y se orilló, en unos momentos ella estaba empapada, corría el tiempo y recordaba el deber de llegar a la casona de las viejas. Aquello no amainaba, un rato más tarde decidió abandonar el techado para intentar, a como diera lugar, volver a la casona, pero cómo... aquellas calles no la sacarían de forma recta al Bulevar del Tranvía, pues el hombre la había desviado de manera transversal, comenzó a caminar sintiéndose desubicada, pegada al pecho llevaba la bolsa con la franela, sus pasos resultaban indecisos, el agua le azotaba la espalda y le corría entre las piernas. Se había hecho de noche, estaba sola como siempre y, además, perdida...

Atravesó calles tratando de observar hacia dónde dirigirse, quitándose la lluvia de la cara con la mano. No había un alma; unas cuadras adelante, encontró el Paso de los Funerales donde, además de los velatorios, se encontraban el reclusorio y el psiquiátrico, siempre estribaba que el Paso olía a locos orinados y a muertos entre nardos, sin embargo, el trayecto realmente era lindo y olía a tierra mojada, aquel Paso había sido el primer o el último lugar, según se fuera o se viniera, en el que el tranvía alguna vez había hecho parada, ahora sólo se conservaban los rieles en curva junto al encino y, bajo éste, la banca de piedra. Allá fue a dar, ya sabía dónde estaba y cómo llegar a donde debía llegar. Al ir sobre aquel trayecto, vio circulando uno que otro automóvil con las luces altas, siendo así, por lo cerrada que la lluvia seguía y porque postes de luz y semáforos se apagaron, temía pasar cerca a los árboles, pues la asustaba lo deslumbrante de los relámpagos y el estruendo de los truenos, no fuera a caer alguna descarga cerca o sobre ella. Nada importaba más que apresurar la caminata y llegar lo antes posible, se le había hecho realmente tarde... ¡Por fin, el Bulevar del Tranvía!, dio

vuelta hacía la izquierda, supo que en minutos estaría en la casona de las viejas. Se dio prisa. El agua había hecho canales que corrían a un lado de las aceras, podía verlo por las luces de los automóviles; las ramas se doblaban por la presión del aire y por el ímpetu del aguacero. Decidió taparse los oídos para no escuchar el furioso estamparse del líquido contra las ventanas de las casonas, todo a tientas, sin la luz de los faroles.

Llegó a Peña Pobre. Sacó la llave de la bolsa de su vestido y abrió el portón para entrar, estando adentro se encargó de trabar la tranca, así como hacía cada noche. La casona estaba, como toda la zona, sin corriente eléctrica. El portón desplazaba a esa especie de cochera arcaica, techada, ahí se había encharcado el agua que continuaba captándose, pues la lluvia no paraba. Lo primero fue dirigirse al baño que le habían asignado las viejas, ese baño estaba al final de uno de los pasillos, bajando tres escalones al lado de la bodega. Entró y dejó la bolsa con la franela recargada sobre la pared lamosa, después fue hasta su dormitorio, tomó una muda de ropa y sus sandalias, salió y regresó al baño, mientras se quitaba el vestido escurriendo abrió las llaves, cuando se entibió el agua se metió bajo la regadera. Al terminar tomó su toalla, puesta siempre en un alambre improvisado, se secó, se vistió y salió; al cerrar la puerta tras de ella y subir los tres escalones del pasillo, escuchó...

—Llegaste a las diez Claudia... —Entornó los ojos, trató de entender. No eran las diez y ella no era Claudia.

Del otro lado del jardín, casi en contra esquina del baño, éste junto a la bodega, estaba la cocina y frente a ésta, de forma lineal y sobre el ancho pasillo principal, se ubicaban: el comedor, la entrada a la casona a través de la cochera y la salilla, éstas tres partes se habían encharcado. Todo estaba difuso, lóbrego, con la intermitencia de la lluvia cayendo sobre el jardín... destrozando las matas.

Pensando en lo que había escuchado... avanzó, dejó atrás el baño, la bodega, una pared larga que era la del cuarto grande —con baño propio, puerta de doble hoja y cuatro ventanales tapiados, dos hacia el interior de la casa y dos hacia el Bulevar del Tranvía—, había sido el cuarto de los difuntos doña

Ninfa y don Teo, los padres de las viejas. Viró esa esquina, y el cuarto de los difuntos se extendía otro tanto sobre el pasillo que iniciaba; después pasó un breve pasaje que llevaba a un baño con dos puertas, una se abría desde el mismo pasaje, la otra era interior y conectaba con el cuarto de la derecha; el cuarto de la derecha continuaba, con una ventana hacia el pasaje que guiaba al baño, ese cuarto tenía la entrada prohibida, sin duda había sido el de la vieja muerta antes de que ella, la muchacha, llegara a la casona. Pasó también por la sala grande, contigua al cuarto prohibido, con su puerta de madera clara con doble hoja, siempre cerrada, en medio de sus ventanales interiores. Siguió por el cuarto de doña Saturnina con una ventana interior, y un angosto ventanal con balconcillo dando hacia un jardín de la casona. En la esquina chata, al doblar el pasillo a la izquierda, bajando dos escalones, se hallaba pues aquel jardín cuadrado, con perales y ciruelos sin cuidar, por las noches era muy oscuro, silencioso y solitario, tanto que se animaban los insectos luminiscentes y los tlacuaches a reunirse allí; ese jardín tenía dos bardas encontradas en escuadra, una daba hacia Peña Pobre, la otra hacia el Bulevar del Tranvía. Al doblar esa esquina chata se ensanchaba el pasillo, por consiguiente, dejó atrás la entrada al jardín, pasando por el cuarto de doña Rigel, también con su ventana al interior y su angosto ventanal con balconcillo, dando hacia el jardín cuadrado de los perales y los ciruelos, al frente de ese cuarto estaba la salilla que ella atravesó. Siguió, hasta quedar detenida a la altura de la cochera techada que estaba al mismo nivel del pasillo. A continuación, los dos últimos cuartos, el primero servía para recolectar papelería como documentos personales de las viejas, además de periódicos, revistas y libros. El siguiente era el dormitorio de ella que no tenía puerta sobre el ancho pasillo principal, sino sobre un pasadizo por el que también se entraba a la cocina, y al frente del cuarto del papelería y del dormitorio de ella, se encontraba el comedor, con mesa rectangular, vastamente larga, sólo con tres sillas, las otras se habían echado a perder por la humedad, yendo a parar a la bodega. Y, por último, la entrada a la cocina en la que había un medio baño.

Quedó como hipnotizada en el centro de la cochera techada, mirando hacia el comedor... El cielo comenzaba a despejarse, iban saliendo esas nubes

blancas nocturnas. Ahí, a unos metros de ella, parada a un lado del comedor estaba, casi completamente de espaldas, una vieja de pelo blanco, jorobada, alta, como de un metro ochenta, mirando no se sabía si hacia la cocina o hacia el jardín. De pronto se desparramó algo... sonó por allá, quizá una cubeta rasada con agua de lluvia se había vencido por estar mal situada, si la vieja volteaba... la vería a ella. Al escuchar el trasteó, la vieja apenas se movió, volviendo a quedar quieta... Carmen dio unos discretos y precavidos pasos hacia atrás, hasta dar otra vez con la salilla, y así cubrirse tras uno de los sillones de mimbre, se agazaparía ahí para espiar... a ver qué cosa hacía la vieja.

10. El joven Trinidad Ramos

—Te digo que estuvo ahí como dos horas... ¡sin moverse!— le contaba Carmen a su amiga Darenca durante una fiesta en Peña Pobre.

—¿Respiraba?— preguntó Darenca con la boca llena de frituras grasosas.

—Pues creo que sí...

—Ay Carmen... esas viejas son bien “suit genesis”—agregó la amiga quien al terminar le dio un trago a su cerveza.

—...

—Extravagantes pues—ante el silencio de Carmen, repuso Darenca sintiendo los ojos vítreos por el gas, conteniendo la efervescencia en la garganta.

—Deberías verlas cuando me ayudan a hacer la comida, cuando rezan o cuando se animan a ir al lado del pozo, recargando la palma de las manos en el brocal, para recibir el calor de las piedras y les dé un ratito el sol en la joroba...

—¿Y qué tal de noche?

—...Pues es que ya están grandes...

—Mmm...

—Necesitan sus momentos para ellas.

—¿Qué a poco no sabes de Trini?

—Puros cuentos.

—¡Si, de horror...! —Darenca se carcajeó ante lo que ella misma había dicho, cubriéndose la boca para no escupir la dentellada.

—A ver... cuéntame tu versión —le pidió Carmen a su amiga.

—Trini fue cuidandero de las viejas y estaba estudiando. Por la mañana las atendía y por la tarde se iba a la universidad, para llegar de nuevo por la noche y de ahí encerrarse en su dormitorio. Las viejas le parecían simples personas mayores, el enfoque le cambió cuando ellas le pidieron ser partícipe de las cosas que hacían a media noche y antes de amanecer. Trini se levantaba a las cinco de la mañana para leer, a las seis salía de su dormitorio para recoger los pocillos del comedor, después se duchaba, volvía para hacer el desayuno y a las

ocho las viejas salían a desayunar. Según el día de la semana, Trini realizaba la lavandería, limpieza de ventanas y pisos, sacudía muebles y demás cosas, escombraba o revisaba lo que hiciera falta de jardinería, plomería o electricidad. A las once hacía la comida con ayuda de las viejas, al terminar volvía a su dormitorio a leer y a las dos daba de comer. A las tres partía en su bicicleta hacia la universidad, en ese entonces ellas no eran tan ancianas y solitas se preparaban la merienda. Él regresaba a las once, sabiendo que al llegar apenas le daba tiempo de pasar al sanitario y de arrimarse algo de comer a su dormitorio... porque a las doce...

—...

—Ah claro... los sábados, a las siete de la mañana, salía a la Central para hacer la despensa de toda la semana... —Darenca pareciendo estar muy divertida, desparpajadamente, volvió a reír...

—A las doce de la noche, tenía que encerrarse en su cuarto, y prohibido salir —completó Carmen.

—Mmm... tú lo sabes muy bien.

—...

—Trini no se mató, a Trini lo mataron —para decir lo último, Darenca fijó la mirada en Carmen y ésta palideció, asentando una mano en el cuello de su botella helada.

—...

—Pero no pongas esa cara, nos están viendo.

—Las viejas serán raras, pero no matan ni un pollo.

—No te estoy diciendo que fueron ellas, ellas lo desquiciaron ¡eso sí!

—Y luego, ¿qué le pasó a Trini?

—Las viejas le hicieron ver y escuchar cosas... lo volvieron testigo “de sus cosas de viejas”, hasta que se enfermó y fue a dar una temporada al sanatorio mental, las mismas viejas lo acompañaron. Después su familia vino por él, para llevárselo a su tierra. Unos meses más tarde se “aventó” de un voladero.

—...

—“Eterna vida al joven artista, Trinidad Ramos”, así decía el epitafio. Fuimos varios a su entierro y entre los que fuimos estaba Esther, su abuelo la llevó

hasta Coroneo, así se llama ese pueblo. Trini era popular, no por ir a la universidad ni por trabajar para las viejas, sino porque era monero, entregaba sus caricaturas a uno de los periódicos más importantes de la ciudad, ahí lo publicaban.

—Ya llegó más gente, Darenca...

“...A las doce de la noche, sonaba el reloj de pie de la sala grande. Las viejas salían de sus habitaciones, yendo por su brebaje directo a la cocina, acto seguido encendían el quinque del comedor, servían, tomaban asiento, ponían los codos sobre la mesa y enlazaban los diez dedos para recargar ahí la frente. Al cerrar los ojos comenzaban a rezarle a una santa, para esos entonces dicen que la señora Claudia aún vivía, que Trini, ya en confianza, la llegó a atender, pero con bastante reserva. Dicen que esa señora se hallaba muy enferma y que la enfermedad la había maltratado mucho físicamente, por eso las viejas ocultaron su identidad... les daba vergüenza, pena y miedo. Dicen que Claudia fue prostituta y que en esas andanzas contrajo la enfermedad, por el ejercicio de su oficio. Cuando aún era joven la robusta carne se le fue abollando, primero la entrepierna, los muslos, las pantorrillas que se cubría con las medias y la enagua para disimular ante los clientes, creía que en la oscuridad pasaba desapercibido. Después presentó dichos hundimientos en los brazos, la espalda, los senos, las nalgas, el estómago, el vientre, durándole este proceso un par de años, escondiéndose entre sus blusones. El acabose fue cuando uno de los pómulos comenzó a aplastársele, pues esto dio inicio a la deformación de la cara, siendo así, el maquillaje se volvió indispensable para ocultar la enfermedad; asimismo, el labio inferior se le redujo y uno de los ojos se fue hacia abajo, cayéndosele irremediablemente el párpado. La deformación de la cara fue cosa que la deprimió de forma devastadora. Tiempo después, comenzó a presentar flacidez, un colgamiento de la piel como si fuese ya muy anciana, sólo el cabello y el vello se mantenían completamente resistentes y negros. Perdió un diente, y los que le quedaron permanecieron hermosos, sin embargo, con el paso del

tiempo se le alargaron. El hueso de la columna vertebral le creció un poco, engendrándole perenes dolores en la nuca y el coxis; manos y pies sufrieron un aumento de proporción, a efecto de esto guantes de puntilla calada y zapatillas forradas de raso, quedaron gradualmente en el olvido. Su aspecto anatómico perjudicó su psique y su lenguaje oral se atiborró de maledicencias. Doña Saturnina y doña Rigel, quienes tantas veces sermonearon a la hermana para apaciguarla, exhortándola a dedicarse a otra cosa como a hornear galletas o a bordar carpetitas, la amenazaron siempre con botarle maquillajes, perfumes, vestidos y zapatillas a la calle, o con denunciarla frente a cualquier instancia que detentara algún tipo de coerción social, al final no supieron cómo proceder ante la monstruosa enfermedad que después de unos años dejó a su hermana irreconocible, haciéndoles experimentar un culposo rechazo, además de cierta precaución y temor hacia ella. La gente más allegada les decía que debían atenderla profesionalmente, así llevaron a cabo algunos intentos en un par de dispensarios públicos, pues no había para más, donde la vieron profesionales en dermatología, infectología, psiquiatría... la morbidez ante el caso no se hizo esperar y la salud de Claudia iba degradándose cada vez más, designaron a la cuestión como un 'complejo problema bacteriano', pero sin la precisión de un diagnóstico fijo. Un día ya no pudo ni quiso salir a la calle, su apariencia era inaudita, verdaderamente repulsiva... terminó perturbada, perdiendo la razón. Las viejas eran creyentes de su religión y no pasó un solo día que no pidieran por la salud de su hermana, asistían a la iglesia y hablaban con los sacerdotes y las monjas del convento, pero ante la catástrofe que les había tocado vivir tuvieron que recurrir a otras energías, a otras fuerzas... En plena iglesia, doña Saturnina y doña Rigel se encontraban con sus amigas, ahí mismo fueron entonces convidadas a formar parte del culto de una santa, fue por desesperación que las viejas aceptaron. Ellas dieron a conocer el caso de Claudia ante la congregación de dicho culto, con todos los detalles. La congregación se reunía algunas veces por semana en la quinta

de las sauditas; después de escuchar la historia a la que dedicaron largas sesiones, discutieron y determinaron qué manda vendría mejor para pedir por la íntegra sanación de la enferma. Se quedó en que la congregación realizaría reuniones extraordinarias, pues la gravedad del caso lo ameritaba, por su parte, las hermanas de Claudia, velarían y rezarían ante el retrato de la santa todos los días, una vez a media noche y otra vez antes del amanecer. Aquella santa había sido una mujer extranjera, quien llegó como trashumante, sabe desde qué lugar de Europa hasta Medio Oriente, unos dicen que hablaba portugués, otros que era vikinga, otros más alegaban que era gitana... se decía también que ella hablaba cualquier lengua, pues con toda la gente que la topó en su sendero podía entenderse a palabras, corrió la voz de que sobrevivió a campos de concentración y de que sola se había curado los nódulos de la lepra, que por esa enfermedad permanecía proscrita... de Medio Oriente se fue a África y a Asia, siempre sobre sus dos pies. En uno de sus viajes como mercantes, allá por las tierras paternas, las sauditas habían conseguido un par de imágenes y un pedacito de tela de la vestimenta de la santa, a quienes ellas comenzaron a adorar en anonimato, porque decían era prodigiosa. La creencia en esta mujer extranjera, santificada por la fe de sus creyentes, se volvió todo un culto que conectaba con cosas no muy abiertas a la ortodoxia de las religiones imperantes, por ende, los portentos de esta santa se mantenían en la clandestinidad. Una noche llegó la policía a la quinta de las sauditas y los recogió a todos, en esa ocasión intervino la señora Violeta, viuda de uno de los árabes, madrastra de la menor de las sauditas, ¡el dineral que tuvieron que soltar para echar atrás todo lo que les adjudicaban!, entre la gente que levantaron estaban las viejas doña Saturnina y doña Rigel, suplicando por el milagro para salvar a Claudia, la viuda Arenas, no más por puro embuste —además, dicen que ella les trasladaba, furtivamente, medicinas del consultorio del homeópata que usaban como narcótico cuando hacía falta—, Irene Saldaña, quien imploraba por la conservación de su beldad y lozanía, también

asistían los motociclistas, invitados especiales de las sauditás porque, según los díceres, ya andaban metidas en el tráfico de drogas y estos eran sus hombres, los metieron al culto de la santa para forjar en ellos un espíritu incorruptible de lealtad a sus patronas, y para pedir que las alianzas tramadas dentro del negocio continuaran intactas, ya que así mismo les convenían. Toda esta gente se fue pareja a la delegación en varias patrullas. Fue un escándalo, porque entre esas gentes, obviamente, estaban las sauditás, quienes gracias al ‘bisnes’ eran muy pudientes, en fin, que doña Violeta los saco a todos. A esa Violeta la estimaba tanto la gente que hasta la querían lanzar para diputada, pero la señora, bien ubicada, decía que a eso de la política ella no se dedicaba.”

—Ya llegó más gente, Darenca...

11. “Cumbia de los pajaritos”

Llegaron los motociclistas, traían sus cascos en los brazos. La salsa, la cumbia, el merengue, sonaban fuerte en aquella bodega de Peña Pobre rentada para hacer pachangas, se cobraba la entrada a unos pesos y se vendía cerveza y botana baratas, así llegaba gente de por ahí desde las siete de la noche. Los motociclistas tenían en común las motos y a la vez realizaban diversas actividades. Siriaco era dueño de un local dedicado a reparar motos usadas; Jeremías era enfermero del hospital de psiquiatría; Heráclito se había titulado en filosofía y era escritor; el Tlacuilo o Dalí, quien estudió artes plásticas, trabajaba con Siriaco en el local de las motos, decorándolas; Melgar, que desde chiquito se había ganado la vida sacando pasos de baile, los cuales le ovacionaban en festividades, sobrevivía montando coreografías para eventos; y el Suárez, ayudante de sastre.

Darenca deslizó su cuerpo de dominicana hacía la entrada, encontrándose con los motociclistas y tomando de la mano a uno de ellos para llevarse-lo a bailar, el hombre encargó el casco a uno de sus compañeros y siguió a la mujer embelesado, mientras daba comienzo una canción...

*“cómo me fascinas, tú tienes tantos encantos
no ves lo que siento cuando yo estoy a tu lado,
y es que me gustas hay en ti un no sé qué
hay un algo en tus maneras...”*

El cuerpo de la mujer iba y venía en la pista, llevando al hombre quien ponía todo su ser para seguirla y no perderla, había sido el elegido y ese momento duraría unos minutos... ¿cómo haría después para estar cerca de ella? Siriaco no sabía bailar, pero a ella le agradaba su rizada barba bermellón y su perfil etrusco, le incitaba mirar la imagen de las propagandas de su local, en aquella imagen estaba él arreglando una motocicleta. Carmen se acercó un poco al resto de los motociclistas, fruía de escuchar lo que la gente platicaba:

—Lo trae pendejo —dijo uno de los cinco allí parados, enseguida fueron a buscar cerveza. Carmen quedó ahí, aprovechó para preguntar la hora.

Terminando la pieza de salsa, Darenca se acercó a su amiga de la mano de Siriaco.

—Vamos a un paseo Carmela.

—Vamos.

Llegaron los otros cinco con cerveza en mano.

—Vamos a dar una vuelta...—les dijo Siriaco a los muchachos.

—Espérate, nos acaban de servir—contestó uno.

Al rato se terminaron la cerveza y anduvieron hacia afuera para subir a las motos. Mientras se arreglaban, Carmen inició un diálogo:

—La otra vez te vi afuera de los baños públicos.

—Yo también te vi... ya tiene un par de meses.

—...

—Me seguiste hasta la casa anaranjada.

—Si. Ese día cayó una tormenta.

—Vente conmigo.

Abordaron cada uno su motocicleta, mientras daba inicio “La cumbia de los pajaritos”.

—¿Ya oyeron?, mejor me regreso...! —dijo Melgar, refiriéndose a la cumbia, pero no regresó, al contrario, se colocó el casco, dio marcha al motor y aceleró.

Las seis motocicletas partieron de Peña Pobre a moderada velocidad, tomaron la Glorieta de los Hospitales y salieron de ahí a la Gran Avenida, donde hallaron poco tránsito; en unos minutos ya circulaban en la carretera, yendo de filón hacia el sur. Iban de subida, internándose en la montaña, sobre la carretera serpentearon el espesor del bosque cristalizado por la helada de octubre, la luna inmensa habitaba las honduras del cielo. A pocos kilómetros de ir avanzando sobre la carretera, el ambiente iba tornándose caliginoso, más arriba bajaron la velocidad, pues de a poco lo caliginoso se transformó en franca neblina, por esto debieron detenerse por completo, dejando las luces y los motores encendidos... Unos minutos después apagaron los vehículos.

—Cuéntame una historia de horror.

—Esta es una historia de horror —le respondió el motociclista a Carmen.

De regreso dejaron a Carmen en la esquina de Peña Pobre, ella ingresó a la casona de las viejas a hurtadillas, pues ya casi era media noche, trabó la tranca y rápidamente se dirigió a la cocina a hervir el romero. Al terminar se encerró en su dormitorio. De madrugada, con el cuerpo boca arriba, corrieron a través de ella las vívidas reminiscencias: sus manos un tanto reticentes puestas sobre la firmeza del abdomen del hombre, mientras él conducía, después el olor de su cuello, el sonido del viento zumbándole en los oídos, el sabor del frío en la boca, las luces ciudadinas comprendidas desde el mirador, la apurada marcha del vehículo, despejando a su paso lo neblinoso... en la fantasmagórica altura de las coníferas. Durmió unas horas; al rato se levantó para poner a hervir más romero.

Al otro día, durante el desayuno...

—Saturnina, el diablo tiene cuerpo y cara—habló doña Rigel, dirigiéndose a su hermana en tono de chismorreo y para que Carmen la escuchara, mientras la muchacha servía unas cucharadas de tortillas encremadas con epazote a su plato.

—Aja—contestó indiferente doña Saturnina, acomodando en su tenedor su bocado de tortillas.

—¿Y sabes cómo son la cara y el cuerpo del diablo? —insistió doña Rigel.

—No tanto...—respondió su hermana masticando.

—Pues tiene aspecto humano, con exquisitos ojos y cejas arqueadas, de quijada afilada; su cuello y su talle son muy fuertes, de manos venosas porque le corre mucha sangre... Ah, pero eso sí... se tapa los pies porque los tiene de animal.

—¿De animal?—preguntó Saturnina y, enseguida le dio un trago a su juguito de betabel.

—¡Si, de animal Saturna!—exclamó doña Rigel impacientada—¿Has visto al diablo Carmen?

—Ay doña Rigel... creo que sí—contestó Carmen, insertando otro trozo de betabel al extractor.

—¿Cuándo Carmela Amapola?!

—Hace unos meses, afuera de los baños públicos y anoche... creo que soñé con él.

—¡Cuidado, debes seguir de largo cuando lo veas, es un albur y podría ser la peor de tus venturas!—advirtió doña Rigel a la muchacha, acto seguido, Carmen encendió la máquina y, trituró.

12. Las catrinas

Tocaron la aldaba del portón, Carmen fue a ver quién era, se acercó a la puerta y alzó la tapa de la mirilla... “Ay no...”, dijo para sí, había llegado doña Jacoba con sus dos hijas.

— Permítanme —les dijo, haciéndolas esperar adrede allá afuera.

Fue a avisar quién era y con la aprobación de las viejas regresó a abrir.

—Pásenle.

—¿”Pásenle”?, ¡no, se dice “pasen por favor”, que no somos iguales! —dijo doña Jacoba a Carmen, mirándola desdeñosa y con desprecio.

Entonces entraron dejando atrás a la muchacha. Cada una traía su veliz.

—¡Pasen! —gritaron las viejas desde el comedor, después las tres mujeres recién llegadas caminaron hacia donde las viejas las esperaban de pie.

—Adelante, qué bueno que se decidieron a venir, porque nosotras ya estamos a punto de irnos a la tierra.

—Pero si pasan y pasan los años y nomás no se mueren...—la carcajada fue unánime y, habiendo dicho lo último, doña Jacoba se acercó a una de las viejas para abrazarla, fuera de la situación, Carmen se ensimismó y pensó que sí las viejas se morían, ella se quedaría sin trabajo y sin dónde vivir.

Sin demora, doña Saturnina abrió un cajoncito de la cómoda y haciendo a un lado todas las porquerías arrumbadas ahí, sacó un manojito de llaves. Mientras doña Rigel estaba en la bienvenida y se iba jalando a las mujeres hacia la cocina, doña Saturnina llamó a Carmen:

—Ven hija, anda y abre el cuarto grande, lo limpias... en mi ropero hay sábanas y búscale a ver si hay cobijas —dijo esto y eligió del manojito, la llave que abriría el cuarto grande.

—Sí doña Saturnina.

“Esto va en serio. El cuarto grande nunca se abre, yo no lo conozco... A las viejas casi nadie las visita, menos para quedarse a dormir”, pensó Carmen con el manojito de llaves en la mano y andándose por el pasillo, para dirigirse hacia el

cuarto grande, aspiró el olor de los tomates y los chiles asados para los chilaquiles.

Mientras limpiaba el cuarto que había sido de doña Ninfa y don Teo, se escuchaba el rebumbio en la cocina, las risotadas de las otras cinco mujeres... “Todas ellas dicen puras cosas fuera de lugar...”, pensó Carmen. Doña Jacoba parecía una marmota gigante, con aquellos dientes chiquitos y afilados, más esa sonrisa punzante que aparecía cada vez que algo le convenía. Y sus hijas... no se sabía si algo les estaba agradando o si lo estaban odiando, siempre intercambiando miradas de burla, porque a eso se dedicaban, a mofarse de todo. Eran tan guapas... que se podría imaginar que estaban a gusto con la naturaleza, pero no... algo les disgustaba, se la pasaban envidiando, mirando de reojo, de arriba para abajo. Catalina, la mayor, era la más difícil de las dos, hipócrita, fútil, pero también tenía ingenio siendo cínica, siempre sintiendo que la menospreciaban, que no se merecía esa vida y que la vida no la merecía; cuando hablaba daba la impresión que estaba dando un ultimátum, tenazmente a la defensiva, por sí las moscas; tenía la mirada pesada y amplificadora a pesar de los pequeños ojos, ojos que a su joven edad ya estaban llenos de dureza. La otra, Carolina, poco menos frívola que Cata, quizá tenía más ética que la madre y la hermana, aun así, no podía contener su inconformidad, su poco criterio, bueno... parecía no ser tan poco como el de las otras dos, o más bien era más manipuladora. “Si lo feo fuera lo lindo, pelearían por lo más horrendo; si la moda fuera oler a mierda, se embadurnarían caca.”, meditaba Carmen.

Por la tarde colocaron la ofrenda, Carmen acercó los aditamentos, limpió el retrato de la santa, éste quedó de nuevo en el centro de la cómoda, entre las flores, el papel picado, la fruta, el copal y las veladoras. Al rato, frente a la ofrenda, las cinco mujeres se sentaron a conversar, hablaron de todas las difuntas y difuntos de los que se acordaron, quiénes eran, cuándo y porqué habían fallecido.

Al anochecer, Jacoba y sus hijas eligieron relajarse y refrescarse antes de dormir, lo hicieron en el baño del cuarto grande donde había tina. Mandaron a hervir lavanda para aromatizar el agua y el ambiente.

Mientras la hermana mayor se encontraba oronda entre las burbujas,

Carmen tocó para meter la jarra con la lavanda:

—¿Se puede?

—Entra.

—...

—Carmela...

—Dime Cata.

—Dicen que soy una puta.

—¿Por qué Cata?

—Porque he tenido muchos novios y amantes...—su mirada y su sonrisa, puestas en Carmen, confirieron una mezcla entre precocidad y llana lascivia—No como Caro que se va a casar con su único novio—entonces sacó una pierna del agua, para jugar en forma pueril con la espuma.

—No Cata, no eres una puta, y si lo fueras, ¿qué?

—Carmela, vamos mañana al centro. Tú llevarás el cofre.

Al otro día, las dos hermanas comenzaron a acicalarse desde temprano para ir al centro. Carmen ayudó a sacar de los velices los pomposos trajes escotados y entalladísimos, con holanes y cola en la parte baja, haciendo juego con sus estolas de plumas, sus sombreros y sus zapatillas. Antes de vestirse, se maquillaron y peinaron frente al espejo empañado del tocador que había sido de doña Ninfa. Las hermanas tomaron asiento en el largo taburete y dividieron su rostro a la mitad, de un lado seguían siendo ellas con pestañas postizas, rubor y labial hartos, y del otro pintaron una calavera yaciendo entre flores de purpurina. Después se levantaron las lacias cabelleras en dos altos molotes, fijados por un veintenar de pasadores. Al terminar, se pusieron las medias y llamaron a doña Jacoba y a Carmen para amarrarse los corsés, ¡quedaron tan ajustados que apenas podían respirar! Ya casi dando la hora para salir, les ayudaron a abrocharse las zapatillas, enseguida se acomodaron de lado los pesados sombreros llenos de flores y plumas; después deslizaron sus guantes, cubriéndoles los antebrazos más allá de los filosos codos; se ataviaron también con gargantillas, aretes y brazaletes de fantasía. Para finalizar, se acomodaron sus pasmosas estolas cayendo holgada y suavemente en sus reducidas espaldas, con las puntas emplumadas rebotan-

do en los esponjados holanes y en la cola de sus vestidos, además se rociaron perfume en las muñecas y el cuello. Salieron del cuarto grande un poco antes del anochecer, las viejas las estaban esperando sentadas en la salilla, querían contemplar a las despampanantes catrinas, quienes venían dando pasos cortos por el pasillo, eran tan altas, delgadas y curvilíneas que asemejaban figurines.

Salieron todas, iban caminando al ritmo de las viejas y al ritmo que permitía la estrechez de los vestidos de las catrinas. Sobre el Bulevar del Tranvía doblaron a la izquierda, ahí Cata se recargó, poniendo la mano enguantada, en el árbol de mora para acomodarse la pulsera de la zapatilla, pues le estaba lastimando el tobillo. Avanzaron, y un par de cuadras adelante ya estaban en Paso de los Funerales, junto con la aglomeración de gente, esperaron la luz roja del semáforo para atravesar. Del otro lado, comenzaron a andar calle arriba. Muchas casas permanecían con puertas y ventanas abiertas, exhibiendo sus ofrendas en las estancias o en los patios delanteros. Fueron primero a la iglesia a santiguarse, después al antiguo panteón a dejar flores en las tumbas de doña Ninfa y don Teo. Luego, las viejas y doña Jacoba volvieron a Peña Pobre, sin embargo, las catrinas se quedaron en el kiosco, posaron ahí para que la gente se acercará a fotografiarse con ellas y depositar en el cofre lo que fuese su voluntad. Un cuarto de hora ahí... y se hizo fila, la gente quería no sólo admirarlas, también buscaban acercarse y acaso rodearles la cintura, para garantizarse de que no fuesen sólo ficción.

13. Cinabrios

Al rato se escuchó el estrepitoso llegar de un grupo de motociclistas, se estacionaron en una de las esquinas del centro. Carmen pensó en Suárez, probablemente él había llegado en aquel grupo.

Había niñas y niños pidiendo calaverita...

—Allá en la iglesia les van a dar algo... —les gritó un señor.

Las criaturas se desbandaron y se formaron afuera de la iglesia, recargándose en la barda con sus piedras montadas hacía ya siglos, en sus caritas poseían las huellas de la desnutrición, los ojitos estaban vidriosos y miraban cabizbajos, sus cuerpecitos denotaban cansancio, trataban de obtener algo, de emplear sus mañas, casi nadie les daba nada, a nadie le importaba su frío, su hambre, su desamparo, su abandono, su desamor... entre ellos se reían y se empujaban, cuidaban a los más chiquitos halándolos de las manitas mugrosas.

Dentro de la iglesia estaban los niños del hospicio, habían sido acomodados en las últimas bancas de lustrosa madera, eran poco más de veinte, permanecían quietos hablando en voz baja, atendiendo a los bodegones del siglo XVII, éstos instruyendo sobre la vida y obra de Jesús, u observando a la gente entrar para persignarse y humedecerse la frente con agua bendita. Nadie los había adoptado aún, ninguna familia los había querido, estaban solos en el mundo y se defendían como podían, así lo demostraban sus cicatrices en la cara. Los llamaron, se levantaron en fila para recibir su pan de muerto, después irían a comérselo en el traspatio de la iglesia, sentados sobre el pretil de piedra de las jardineras, debajo de los árboles de lima. Al rato un sacerdote fue por un bulto de jícamas, para repartirlas también.

Esto sucedía cuando llegaron las sauditas, quienes pasaron de largo para tomar asiento en la banca ubicada al lado del confesionario. A estas señoras se les condescendía por las limosnas que le aportaban a la iglesia, porque en conmemoraciones y celebraciones apoyaban mucho, sin embargo, “debían estar excomulgadas”, decía la gente, ah... pero al llegar la vapore-

ra con los tamales y el contenedor con el champurrado, la estigmatización quedaba en el olvido y las niñas y los niños pobres y los del hospicio recibían doble. Las sauditas se acercaron al catolicismo por sus madres, por necesidad de aceptación, de pertenencia, de identidad, pero después de revelado el sacrilegio cometido, habían sido severamente juzgadas por eclesiásticos, la autoridad civil y la sociedad, por consiguiente, buscaron la indulgencia mediante la exposición constante de su generosidad. Aquella noche las tres hermanas habían permanecido impasibles durante treinta minutos, al concluir este tiempo se hincaron un instante en el reclinatorio, se levantaron, atravesaron el interior de la iglesia, anduvieron hacia el atrio y cruzaron el portal para salir. Afuera estaba haciendo frío, se entraba en calor en medio de la gente y su verbena, atolondrada por el olor a copal.

Fuera de ese famoso cuadrante y sus calles principales, todo era silencio y soledad. Había apretados caminos empedrados, los cuales subían para llegar al centro o bajaban para conectar con otros circuitos, a mansalva por aquellos caminos habían golpeado las espuelas muchos caballos, sabrá la edad de los fresnos, sauces y eucaliptos que de un lado y de otro atajaban los ventanales y las entradas de los caserones. Más anochecido, aquellos callejones empedrados se llenaban de una tenue nebulosidad que al avanzar la madrugada se densificaba, siendo así, las pequeñas esculturas de santos, vírgenes y ángeles, empotradas en los recovecos de algunas fachadas, se tornaban rodeadas de misterio, pareciera se encontraban sonriendo, cargándose de cierta animosidad.

Del portal de la iglesia las sauditas partieron calle abajo, en una esquina doblaron a la derecha y llegaron a la quinta, todo a tientas, pues los faroles parecían estar fundidos. Una de ellas sacó de la bolsa del vestido la llave para abrir la rejilla, ingresaron y se anduvieron sobre el patio, aquel enorme patio, rodeado de vegetación, completamente oscuro, las recibía como si fuesen las fauces de un animal salvaje, guiándolas hacia sus vísceras, iban pisando el follaje, cuidando de no resbalarse por el musgo... entonces salió Bayola a encontrar a sus dueñas, en aquella oscuridad los ojos de Bayola asemejaban dos resplandecientes cinabrios.

—Hay alimañas acá... —dijo una, mientras las otras dos no dijeron nada.

Desde la quinta de las sauditas, se escuchó el barullo por la entrada de la banda de músicos al centro, iban abriéndose camino entre la gente hasta llegar al kiosco, subieron allí y continuaron tocando.

En su motocicleta llegó Suárez al centro, se estacionó, bajó de la moto, se retiró el casco negro y lo sujetó al vehículo. Portaba un amplio gabán de lana color índigo con grecas negras, blancas y grises, bajo el gabán daba pasos lentos y certeros, se entró en la gente y buscó a los otros, quienes se encontraban fotografiando con las catrinas, excepto Siriaco, él estaba esperando del otro lado del kiosco a la dominicana. Suárez encontró a los otros, se quedó expectante entre la gente, miró a Carmen con el cofre entre las manos, e hizo contacto visual con ella. Carmen dejó el cofre a los pies de las catrinas y fue donde Suárez.

—Hola Carmen. Vamos a una fiesta.

—...

—Es acá muy cerca. ¿Qué dices? Te va a gustar—dijo Suárez abriendo su sonrisa de hiénido.

—Bueno.

Carmen regresó a su puesto y Suárez se acercó a los otros, aún la miraba de manera insistente, siendo así, llegó Cata y posó junto al hombre del gabán, diciéndole al oído...

—Nos invitaron a la fiesta.

Jeremías y Melgar ya se habían apalabrado a las catrinas para que los acompañaran a la juerga... “Es acá cerca.”, les dijeron. Se fueron de allí, mientras las catrinas siguieron en lo suyo un rato más.

14. En la quinta “El pavorreal”

Los cuerpos oblongos de los peces y las tortugas se tornaban satinados por la lumbre de las veladoras flotantes y, así, color lumbre eran los rizados pétalos de cempoal esparcidos... sobre el agua del estanque. Al lado del estanque, las sauditas llevaron a cabo una danza, estaban arregladas como catrinas, con joyas de verdad, envueltas en un caro terciopelo elástico; sus sonrisas daban un toque siniestro al ambiente otoñal y a sus pies permanecía Bayola, su vigía leal.

Los invitados a la velada por el día de muertos era gente que trabajaba con las dueñas de la quinta. Esta gente estaba empleada entre las casas matrices, sucursales y puestos establecidos y ambulantes, en el mero cruce de las principales calles del centro de la ciudad, y alledaños. Cuando los padres de las sauditas murieron, ya estaban sólidamente posicionados en aquella inmensidad de redes comerciales, desde donde se distribuía a partir de dos amplios espectros, uno legal y el otro ilegal, ambos en continua sinergia. Una mujer se había quedado como la principal encargada del negocio de los árabes, la señora Violeta, quien había sido la esposa del menor de los hermanos. Era a ella a quien los empleados apreciaban por haberlos valorado más por su humanidad y colaboración, que por su productividad y competencia. Asimismo, las sauditas estimaban a Violeta, les parecía cómico que su madrastra —aunque sólo era madrastra de la menor— fuese más joven y pertinente que ellas.

Ahí estaba Violeta, en uno de los patios interiores de la quinta, atenta a la oscuridad de la noche, tal vez inquiriendo en la mente cómo arreglar tal o cual avenencia mercantil y ahí estaba Suárez, bajo su gabán, observándola sin que ella se diese cuenta. Los ojos del hombre leían esa imagen dentro de aquella flamante negrura en la que había, casi de forma imperceptible, algo enturbiando su brillo, sus labios entreabiertos no dejarían escapar ningún nombre, las manos cenizas permanecían a los costados de aquel centro de lava hirviente... “Mi corazón es un volcán Violeta.”, inequívocamente estaría

cavilando Suárez, en consecuencia, pasó un trago de saliva y el hueso a mitad del cuello se movió hacia arriba, regresando después a su lugar original. Ahora Violeta miró hacia el cielo, quizá por curiosidad.

Al rato hubo comida, bebida, música, baile y balazos. Llegaron otros motociclistas a balacear la quinta, nadie resultó herido. Casi a media noche entraron los mariachis, siendo así, el pulque y el mezcal manaron con fluidez, de mano en mano, de garganta en garganta, por tanto, comenzaron a brotar las risas, los cantos, las lágrimas, las reclamaciones, los recuerdos, la catarsis...

—Cati... hazme favor y ya te sientas. Estás haciendo el ridículo —le dijo Catalina a su hermana.

—¿Quién te gustó Carito?

—Ninguno Catalina.

A la sazón, llegó Heráclito y le ofreció a Caro un tarrito con mezcal. Catalina volvió a ponerse de pie para cantar y bailar seductora con su estola, todas la aprobaban, le aplaudían, la admiraban, decían era guapa y muy talentosa, ¡y vaya placer el tenerla ahí de invitada!, Irene se ubicó junto a ella y vociferó...

—Tan maravillosa como si fuese mi hija...

—¡Ay por dios Irene, ¿cuál hija?, tu nieta!—gritó la viuda Arenas y la carcajada fue unánime, incluyendo a Irene.

—¡No Irenita, tu hija! —aseveró Suárez.

—Tú si sabes mi amor —le respondió Irene a Suárez.

—¡Siempre divina! ¡Salud por Irene Saldaña! —clamó a toda voz Suárez y cada quien levantó su vaso, diciendo: “¡Salud!”.

—”Violetica”, ¿qué canción vas a pedir? —preguntó Eritrea, la menor de las sauditas a su madrastra, haciendo hincapié en el “...ica”, recordando cómo el padre de Violeta se dirigía a su hija.

—La de mamá, “Cuántas luces dejaste encendidas, yo no sé cómo voy a apagarlas...” —y enseguida, el típico grito de las borracheras surgió rampante desde la entraña del hombre del gabán.

15. El bungalow

Al compás de los primeros acordes, Carmen aprovechó la distracción de todos para ir a dar una vuelta a la quinta “El Pavorreal”, a ver qué veía, a ver qué escuchaba... Se dio paso entre la gente y encontró un pasadizo a través de un arco y un pequeño camino, ambos de piedra, a los lados la humedad del follaje hizo que se frotara los brazos porque sintió frío. Casi al terminar el camino oyó voces...

—¿Cómo que te vas?—habló una voz masculina entre sollozos.

—Pero no voy a demorar—contestó la voz femenina, en breve Carmen la reconoció, era Darenca.

—Me voy contigo a Santo Domingo...

—No voy a demorar—dijo la mujer, así pues, el hombre comenzó a llorar.

Siguió Carmen andando, de puntillas para que no fuese sorprendida por los enamorados, quienes estaban sentados en el brocal de una jardinera que rodeaba un alto seto de adelfas. Llegó a la estancia principal, toda hecha de piedra, con unos gruesos paredones soportando el techo del cual pendían, desde unas fuertes cadenas, cuatro voluminosos candelabros de hierro. En el centro de uno de los muros, se levantaba una chimenea que estaba encendida, sobre la chimenea se encontraba la escultura en bronce de un hombre con el torso desnudo y, al lado de la escultura, una calavera de azúcar del tamaño de un cráneo real junto a dos veladoras. Una serie de retratos pintados ataviaban ese mismo muro, el más llamativo era el de la señora Violeta, también retratadas estaban las sauditas y hasta Bayola; prosiguiendo el muro se daba con una imponente consola tocadiscos posicionada de forma diagonal a la esquina. En otra esquina se hallaba empotrada una pequeña piscina con agua corriente y a la vera algunos espesos macetones, con tierra fresca, hacían que el ambiente oliese a petricor; había más macetones con variedad de alocasias desperdigadas acá, allá, infundiendo y purificando el aire a través de su encarnizado verde. En medio de los muebles importados de medio oriente y la espectacular sala, subía desde el mismo pedernal del

que se componía el suelo, una especie de centro-mesa. Los ventanales iban de suelo a techo, decorados por una garigoleada herrería negra, de hierro, como los candelabros. La piedra, la tierra, el hierro, el fuego, el aire y el agua corriente, hacían de aquel espacio algo poco acogedor, ese espacio se comprendía más como una invitación a lo rupestre, a lo primitivo. Carmen miró, pero no podía hacerlo con detenimiento, pues en cualquier momento podría ser sorprendida como una intrusa, siendo así, atravesó la estancia y, diametralmente, contrario al lado por donde hubo entrado, encontró una salida hacia un breve espacio al aire libre, bajó dos escalones y se topó con otra piscina que hacía juego con la que estaba al interior de la estancia principal, después se abrió paso a una nueva entrada, allí mismo fue.

En aquella otra estancia, con paredes y suelo de piedra, había un comedor redondo, gigante, con más de diez poltronas de madera y cuero, puesto en el centro del comedor estaba un incomprensible ornamento, el cual poseía aves de paraíso y frutas y, arriba de éste, un candelabro de hierro haciendo juego con la garigoleada herrería negra de los ventanales de suelo a techo. Más hacia adentro, se llegaba a un pasillo arqueado de piedra, quizá ese arco llevaba a la cocina, Carmen se detuvo porque oyó ruidos, quedó paralizada un instante entre las sombras... eran los muchachos apurando más bebida para llevarla a la fiesta. Espero a no escuchar nada para continuar, cuando volvió el silencio aprovechó para ir hacia el pasillo arqueado, del lado derecho estaban apilados los cartones de botellas, del lado izquierdo había otra salida, Carmen supuso que los muchachos entraron y salieron por ahí. Al final del pasillo había una puerta arqueada con doble hoja, seguro el acceso a la cocina y, justo al lado derecho de esa puerta doble, se abría un pasaje camuflajeado a simple vista por ser también todo de pedrusco, por ahí mismo prosiguió.

Al parecer por allí corría una canaleta, pues al avanzar se escuchaba el fluido, pronto llegó a una senda de terracería por la que cabía una sola persona, en efecto, cerca de sus pies se andaba la canaleta, corriendo paralela a la senda, ésta guiaba a un búngalo de arquitectura redonda, con techo de teja en forma cónica, el búngalo se encontraba debajo de la sombra de un ingente hule, en aquel momento Carmen se preguntó: “¿Estaré soñando...?”

Con tiento, pero sin dudar, llegó a la puerta del búngalo que empujó hacia adentro, ésta se atascó un poco, así que empujó más para dar paso a su humanidad. Ahí dentro, había una magnífica ofrenda, al centro de ésta se encontraba un amplio retrato de la misma santa que doña Saturnina y doña Rigel poseían en la cómoda de la casona; otros retratos de menores dimensiones estaban dispuestos también, algunos de mujeres, creyó que entre ellos estaría el retrato de la hermana de las viejas, con la luz de las veladoras atendió los retratos de aquellas mujeres y trató de dilucidar quién sería la hermana, entornó los ojos en uno de los retratos cuando comenzó a percibir un olor, un olor de fondo, más allá del humo atestado del incienso. Era un olor pujante... como a muerta... “¡como a muerta!”, se detuvo a definir... pero ella nunca había olido a una. Comenzó a indagar el porqué de la propagación de ese olor, olvidando los retratos, se ando por aquel círculo con piso de cemento rojo oxido, levantado a causa de las raíces del hule, a su vez se iba creyendo en un sueño... Por uno de los costados encontró la reducida entrada hacia una cámara, acercándose se cubrió con ambas manos boca y nariz ya que el olor se volvió insoportable, en la cámara habitaba una anciana, la mismísima que vio Carmen el día de la tormenta, cuando regresó de noche a la casona por perseguir las trazas de Suárez. La vieja estaba de espaldas, sentada sobre un mazo de piedra, Carmen trató de que la anciana no se diese cuenta de su presencia, empero ya era tarde... estaban a unos pasos, después de unos instantes la vieja fue virando de a poco... “Está escuchando los latidos de mi corazón, porque me está latiendo muy fuerte...”, pensó Carmen con espanto. Comenzó a retroceder sin dejar de ver, con los ojos muy abiertos, a la vieja, hasta que ella terminó de virar y quedó de frente a la muchacha...

—¿Quién es usted?—preguntó Carmen horrorizada.

—Nadie, Claudia.

—Yo no soy Claudia—contestó Carmen y echó a correr.

16. “Jerez”

Salió del bungalow y, olvidando por dónde había llegado, tomó otro camino, ahí sus pies se hundieron entre la hojarasca, dando unas zancadas más hacia adelante cayó, inevitablemente, en un profundo tanque redondo cubierto por las hojas. Allá adentro, el peso de la muchacha y la potencia del agua la halaron hacia abajo, formando un movimiento ondulatorio entre la ropa holgada y los largos cabellos... con ella se zambulleron una bastedad de organismos que emergían en la superficie. Sin tocar fondo, la gravedad de su cuerpo fue debilitándose, hasta levarse con lentitud, entonces abrió los ojos y fue testigo de un inclemente añil, más millares de burbujas entre las hojas cobrizas del otoño. Cuando salió a flote buscó con angustia una orilla de la circunferencia, abriéndose espacio con torpes brazadas entre aquel cúmulo pastoso, al fin, la mano alcanzó a asirse de una orilla y, haciendo un bárbaro esfuerzo, arrastró su cuerpo hasta sacarlo del tanque.

Estando fuera necesitó recuperarse, se halló exhausta, quedó tirada boca arriba con las piernas estiradas, descansando ambas manos sobre el pecho y la vista en lo alto, observando la entreverada complejidad de las altas ramas del hule y, más allá de su cima... las escasas estrellas. Cerró los ojos un instante, pero sintió la necesidad de levantarse de inmediato, se irguió y comenzó a andar con la ropa empapada, pegada al cuerpo. Regresó por donde había llegado, retomando la estrecha senda de terracería e ingresando al pasaje de pedrusco, salió por donde salieron los muchachos que habían ido por la bebida. Quedó en el centro del patio de cantera con fuente, estaba tiritando de frío, cuando escuchó un piano, la pieza “Jerez” de Isaac Albéniz, empero ella no lo sabía, de pronto se sintió observada... colocándose las manos en el pecho, para ralentizar el corazón, alertada miró a su alrededor... ahí estaba sobre un mazo de piedra con el cuello largo y estirado, echada en las patas traseras, Bayola... miraba a la muchacha como a una presa, con aquellos ojos rojos y rutilantes. La perra gruñó, mientras Carmen llevó un pie atrás la perra ladró dispuesta a atacar, apretó el hocico, mostró los colmillos,

al tiempo la muchacha decidió correr y Bayola fue tras ella... así, al vivero fueron a dar.

Allá en las amplias y terregosas veredas, usadas por los paseantes para solazarse de la heterogénea fronda de hortalizas, Carmen no paró de correr y tras ella la veloz y enfurecida perra. La muchacha no pudo más que lanzarse entre los matojos de jazmines. Escondida, helada, con la ropa pesada colgándole del cuerpo, gateó sobre la tierra resbalosa, trató de no hacer ruido con la agitada respiración y cerró los ojos unos segundos para recomponerse; así, a gatas, recostó los antebrazos y las palmas de las manos sobre la tierra, dejando la cadera hacia arriba, sintiendo como si su corazón repercutiera libre, brincándole por dentro desde la garganta hasta el vientre, se hallaba muy nerviosa, de pronto, percibió un inminente escozor en la nariz, era el escandaloso fragor de los jazmines, en esas estaba cuando vio pasar por la vereda principal del vivero a un pavorreal, ladeándose por la ponderación de su plumaje abierto... “Sh, sh, sh...”, una onomatopeya se impuso en su mente y otra vez, “Sh, sh, sh...”, su mente calló cuando escuchó una voz masculina acercándose, después de haber pasado el pavorreal...

—¡Bayola, Bayola...!

Automáticamente la mujer se irguió sobre sus rodillas, quedándole hombros y cabeza afuera de los matojos de jazmines, ahí iba Suárez, quien pasó de largo sin advertir la presencia de ella. Carmen se incorporó de prisa y se fue tras el hombre del gabán, siguiendo por la vereda principal del vivero, dieron con una cortina de bambúes...

—¡Bayola, ven para acá!—el hombre se internó entre los báculos de bambúes para sacar a la perra, la perra salió de allí con una víbora en el hocico—¡Bayola, suéltala!—gritaba el hombre, levantando las firmes piernas para zanjejar la naturaleza.

La perra corrió para llevar a su presa hacia el platanar, hacia allá se movió el hombre, y tras la víbora, la perra y el hombre, iba Carmen...

—¡Bayola... con una... suéltala, te va a picar!

Suárez llevó sus manos adentro del gabán y se desató el cinturón de cuero, mientras la perra apuraba para dominar a su presa, ésta retorcién-

dose sobre la tierra resbalosa, el hombre se acercó y le propinó un azote en las ancas, Bayola no soltó a la víbora hasta casi matarla, yéndose después corriendo, extendiendo su magro cuerpo sobre otra vereda. Suárez, con el cinto en mano, se concentró en los estertores finales del reptil, Carmen, quien estaba unos pasos atrás, lo había visto todo y ahora observaba la espalda enhiesta del hombre, momentos después él volteó, percatándose de la silueta negra de la mujer bajo las ciclópeas hojas del platanar, levantó los brazos para despojarse del gabán y tenderlo sobre la tierra, después se retiró la camisa desprendiendo un olor seco y agrio de las axilas. Ella no dudó en acercarse para besarlo, mientras tanto hubo silencio, sólo el argüende de las iguanas en sus corretizas nocturnas, bajo los ahuehetes y aguacates.

17. Aceite de ricino para tocador

Después de los preparativos para recibir a las fieles difuntas y difuntos, volvían a la rutina. Al otro día se había despertado muy temprano para levantar el altar y hacer el desayuno. Posteriormente, debió ir fuera y realizar los encargos de las viejas, ir por cosas para sus rezos que ya se les habían terminado.

Yendo por allá, hacia el norte de la Gran Avenida, experimentaba una sensación impersonal al ir mirándolo todo, reflexionaba que sí habría alguien quien la quisiera, sufriría sí ella abriese la boca para decir que en ningún lugar de aquella populosa urbanidad era reconocida... A pesar de haber tanta gente nadie la miraba, pero al ir disertando, en aquel interminable monólogo interno, llegaba a la conclusión de que la demás gente también era irrelevante, en consecuencia, sonreía compasivamente y continuaba avanzando.

Al llegar a la fragantería, debió estornudar tras oler los resabios de naftalina impregnada en el ambiente, ingresó y parecía como si aquella angostura la guiara hacia otra dimensión, bajó dos elevados estribos para formarse tras un par de clientes esperando para ser atendidos, ladeó la cabeza y observó los hoyuelos en la madera del anaquel, corroborando la testaruda labor de las polillas. Las manos de la clienta a la que estaban atendiendo se hallaban extendidas sobre la madera, eran unas manos blancas, alhajadas, con uñas largas y esmaltadas, el puño de la blusa sólo dejaba ver un poco de las muñecas, con la mirada recorrió la holgura de la manga abanicada de aquella prenda de vestir, entonces miró una primorosa y dionisiaca cabellera, teñida de un negro casi púrpura...

—¿Qué más va a ser?—preguntó el empleado a la mujer de la cabellera negra casi púrpura, quien volteó de perfil, en ese instante Carmen identificó a la menor de las sauditas, la señora Eritrea, ésta, sin quitar las manos del anaquel, fijó la vista en la numerosa hilera de estantes que tenía a su lado izquierdo...

—No lo sé...—contestó dudosa la señora y volteó la cabeza hacia el otro lado

para checar la serie de estantes ubicados a su lado derecho —Un aceite de ricino para tocador.

Carmen ladeó la cabeza hacia la derecha para seguir a la mujer, empero ahora lucía una primorosa y dionisiaca cabellera teñida de rojo frambuesa, enseguida reconoció a la señora Olga, la segunda de las sauditas, quien antes de modificar su nombre se llamó Sabina. La muchacha se talló los ojos, no entendía lo que había visto, delante de ella había tres clientes, contando a la saudita, pero... ¿cuál de las dos?, en esto estaba, cuando llegó junto a ella la que se podría deducir a simple vista como una nigromante.

—Ven por acá... déjame realizarte un ejercicio de hermenéutica —le dijo a Carmen, tomándola del brazo.

La muchacha no sabía lo que era “hermenéutica”, sin embargo, olvidó lo que se estaba figurando: quizá esas viejas árabes poseían las taumaturgias para... “transformarse la una en la otra y la otra en la una...”

Dentro de la misma fragantería había un espacio separado con telas, resguardando una mesita con candil y dos sillas.

—Siéntate y posiciona ambas manos, palmas abajo, sobre la mesa —le pidió la nigromante a la muchacha.

—...

—Voy a leerte... ya luego te diré qué entendí de la lectura.

—...

Después de un momento de silencio y observación, la intérprete pidió a Carmen colocar las manos en forma de pez, con las puntas hacia ella, siendo así, acercó su oído a las manos de la muchacha, después de concentrarse unos segundos advirtió:

—Acá suena una jauría.

18. Esto es como matar...

Regresó Carmen a la casona, pensó que para esas horas doña Jacoba y sus hijas se habían marchado ya. Entró la muchacha con el paquete de las viejas en brazos, poniéndolo rápido sobre la mesa del comedor pues necesitaba ir al sanitario, atravesó el patio en forma diagonal levantando las piernas para sortear la hierba crecida. Al salir del sanitario, ya sin premuras, se ando por los pasillos, entonces vio el bonche de ropa de cama, sucia, afuera del cuarto grande; continuó y miró entornada la puerta del cuarto que nunca había visto por dentro, pues era el cuarto prohibido, quiso omitirlo, mas no pudo. Inspeccionando que no hubiese nadie por allí se animó a husmear, acercó el rostro a través de la abertura de la puerta y esto fue lo que vio... en un taburete, viendo hacia la ventana tapiada que daba al Bulevar del Tranvía, estaba sentada Carolina, rígida, izada, con el cabello liso llegándole hasta el coxis... —Caro... Caro... Voltea Caro...—susurró Carmen.

Se oyó de pronto una tracalada, algo se había caído por allá. Por ahí... sí, por ahí ya venían las viejas, arrastrando los zapatos y los moyotes en las enaguas. Carmen no tuvo de otra más que encerrarse en el baño de dos puertas donde anidaba un repudiable olor a caño, era frío, húmedo y oscuro, pues no había tragaluz ni ventanas. Recargada sobre la puerta del baño que daba al cuarto prohibido, espero un momento pegando la oreja, de la canastilla que adornaba el inodoro, tomó uno de los jaboncillos polvorientos con figuras marinas, éste en forma de concha, había también caracoles, estrellas y caballitos de mar, lo olió y lo comenzó a rascar con la uña del índice, cuando escuchó a las viejas entrarse al cuarto prohibido y cerrar la puerta, su dedo paró de rascar... otra vez, silencio y el dedo a lo suyo, la uña se llenó de pasta, la limpió y rascó de nuevo, ahora... golpes, como si algo grande se estuviese arrojando en las paredes, Carmen abrió más y más los ojos y apretujó el jabón dentro del puño.

—Ave María Santísima...—oyó decir a doña Rigel.

—Cállate... no metas a la Virgen en estas...—contestó la otra vieja malhumorada.

—Te lo advertí Saturna, nos condenaremos por esto.

—Prometimos regresar a Claudia, ¿te acuerdas? —habló doña Saturnina distraída mientras preparaba el linimento.

—Esto ya no es de dios...

—No hables tanto y ayúdame. Tenemos que apurarnos antes de que llegue Carmen, no querrás levantar sospechas—mencionó Saturnina frotándose las manos.

—Esto es como matar... —inquirió doña Rigel con los ojos fijos en la hija menor de Jacoba.

—Piensa que es la única forma de regresar a Claudia y que Carolina en unos días estará fresquita como anís silvestre.

Retumbos, como si algo realmente grande se estuviese azotando en las paredes, siendo así, la puerta del baño, donde se encontraba recargada Carmen, se movió como si hubieran querido abrirla a la fuerza, la muchacha se opuso para impedir el paso a lo que sea que quisiese haber entrado. Con aflicción cerró los ojos y le rodaron lágrimas... balbuceando para ella misma... “Esto va a pasar.” Silencio, quietud... después de unos minutos abrió la puerta, apenas unos pocos centímetros para mirar... ahí estaba Carolina, anquilosada, ahora de pie, más alta de lo que era, con una mano puesta en los tablones de la ventana tapiada, mientras las viejas, quienes parecían unas enanas a su lado, se hallaban calladas ungiéndole el linimento; Carmen prefirió salir por la otra puerta del baño, se dirigió por el bonche de ropa sucia, emplazado afuera del cuarto grande, para comenzar a lavar.

Más tarde hizo sopa de lentejas. Al regresar con las tortillas envueltas en la carpeta bordada, ella y las viejas se sentaron en silencio a comer en la cocina, al tiempo la luz del día les entraba por el arco sin cristal ni cortina. Las manos arrugadas de doña Saturnina y doña Rigel, con decenas de pliegues y uñas un tanto largas y gruesas, denotaban desde años atrás un temblor al sujetar la cuchara; cuando comían la sopa, Carmen discernió los resabios de linimento entre los pliegues. Al ratito, la muchacha se levantó para acercar los vasos y la jarra con horchata.

—Todo está listo—dijo doña Rigel, disfrutando a más no poder su plato con lentejas y enrollándose otra tortilla con sal.

—Aja... —se expresó doña Saturnina lanzando una mirada de reprobación a su hermana, pues podía levantar sospechas delante de Carmen, quien había situado la jarra al centro de la mesa, después de remover con cucharón de palo el contenido y servir, al tope, los tres vasos con aquella névea y espumosa ambrosía.

—Pero eso sí, nos tienen que regresar las escrituras en unos días —aseveró Rigel, Carmen le dio un trago a la horchata y al escuchar lo último sintió un agujero en el estómago: “Seguro a cambio de dejar a Carolina, doña Jacoba les pidió las escrituras de la casa... esa vieja avarienta no les va a regresar nada. ¡Maldita sea!, ¿qué voy a hacer yo en esta ciudad si nos sacan de aquí?”, pensó y miró su entorno con mortificación.

—¡Deja comer en paz vieja, que nos vamos a atragantar con la pura agua!— contundentemente, dijo doña Saturnina a su hermana.

—Dando y dando—insistió doña Rigel, “¿’Dando y dando?...?”, se preguntó Carmen, determinando para sí misma: “Viejas estúpidas, nos vamos a quedar en la calle.”

—Carmen...

—Sí doña Saturnina...—contestó la muchacha mirando con cierta inquietud a la vieja quien le hablaba, creyendo tal vez que iba a confesarle algo importante.

—Hoy nosotras vamos a acomodarlo todo para la noche.

—Sí doña Saturnina—asintió la muchacha con resignación y volvió a sus lentejas.

—Tienes la noche libre.

—Sí doña Rigel.

Después de comer, Carmen se quedó a despegar las tortillas para orearlas y a limpiar la cocina. Posteriormente, en el jardín, arrancó el excedente de hierba y cortó las ramas secas, terminó, quemó la basura y con la regadera regó mata por mata. Fue y sacudió el cuarto de documentos sólo por encimita, pues aquellas pilas de libros y revistas no se movían hacia décadas, esperando que algún día las viejas se decidieran echar fuera lo inservible. La tarde ventosa y con sol, hizo que las sábanas se levantaran hasta desecarse, por tanto, fue a recogerlas, las dobló y las guardó de donde las había

tomado, del ropero de doña Saturnina. Más tarde, preparó el chocolate con agua y espero al panadero de la bicicleta para comprar seis bolillos, tres para la merienda y tres para el almuerzo del siguiente día; fue a la salilla y concertó los pocillos con el chocolate y los platos con los bolillos en la mesita de centro, enseguida avisó que ya estaba servida la merienda. Vinieron las viejas y de manera trabajosa tomaron asiento, haciendo restallar los sillones de mimbre; Carmen se sentó al frente de ellas dándoles la espalda, con su pocillo y su pan en las manos, recargando su costado derecho en una de las columnas, colgándole las piernas desde el borde del pasillo de la casona, se sentó ahí para observar el jardín, y regocijarse con el olor del anís silvestre que a esas horas se alborotaba, mordió su bolillo y le dio un sorbo al chocolate, sintiendo en la cara el primer frío de la noche matizado, agudamente, ante el calor restante por la quemazón de la basura orgánica.

—Ya vienen navidad y año nuevo —mirando hacia el jardín, había dicho doña Rigel con el pocillo entre las manos, para calentárselas con la humeante bebida. —Ya vienen... comienza a sentirse el frío del fin otoñal—respondió doña Saturnina sonriendo con serenidad, agregando muchas más rugosidades a su faz.

Quedaron las tres un largo rato en silencio, escuchando a los insectos, siendo así, Carmen se levantó y les retiró los pocillos vacíos que llevó a la cocina, acto seguido trajo unas frazadas y se las colocó a las viejas encima de las piernas, además les pasó sus rosarios, ellas le agradecieron. Fue por toalla y ropa limpia a su dormitorio, encendió el calentador del agua para darse un baño, mientras tanto se miró en el arcaico espejo los alargados ojos castaños... de nuevo ruidos, algo estaba azotándose en las paredes de aquel cuarto, pero decidió no hacer caso, la noche era para ella. Bajó el agua hirviente, cayendo de la regadera, recordaba a Suárez; la espuma resbalaba desde la cabeza hasta los tobillos, iría a buscarlo, esto esbozaba, tendría que encontrarlo por allá en aquella casa anaranjada o en la quinta de las sauditas. Cerró las llaves y tiritando se echó la toalla encima, ya seca se dispuso a vestirse, a escarmenarse el cabello y a pintarse los labios. Antes de irse, convino sobre la hornilla la jarra de peltre con agua y acercó el manojito de romero y los tres pocillos, las viejas se encargarían de lo demás. Se abrigó y salió a la calle.

19. Cólico

Se ando por el Bulevar del Tranvía hasta la zona de antojitos, entonces compró unos plátanos; mientras comía, miraba el ir y el venir de la gente y, a pesar de las visiones con las que se había topado últimamente, su constreñimiento y estado de obnubilación no se habían recrudecido porque pensaba en Suárez... Regresó por donde había venido, intentando recordar en qué calle Suárez desvió su paso del Bulevar del Tranvía, aquella vez que lo vio salir de los baños públicos. Iba andando, restableciendo la memoria, cuando vio pasar una motocicleta, ésta frenó afuera de la casa de Irene Saldaña, detenido en la acera el conductor bajó del vehículo y se retiró el casco, era Suárez portando su gabán. Del otro lado del Bulevar, una de las luces de casa de la viuda Arenas se hallaba encendida. Al hombre del gaban ya lo estaban esperando, la señora Irene, emperifollada con perlas de Mallorca y cubierta de satín hasta los pies, salió a recibirlo, lo abrazó del cuello y lo besó en los labios, él con un brazo cargaba el casco y con el otro la tomó de la cintura. Al ver lo que no podía interrumpir, Carmen cesó en seco sus pasos, esperó unos minutos vacilante sobre el Bulevar del Tranvía, esperó ahí, entre las sombras nocturnas de los ficus benjamina, podados en forma redonda, sembrados en las jardineras de la acera pública. Decidió atravesar el Bulevar, haciendo un alto en el camellón para que pasaran los automóviles, después cruzó y fue a casa de la viuda Arenas, quien la recibió preguntando si las viejas necesitaban algo.

—No necesitan nada, sólo pasaba por acá... y sabe... me entró un fuerte cólico.

—Un tecito de hojas, permítame tantito. Pásale.

—Gracias.

—¡Viudita, viudita...! —gritaron los loros, mientras su dueña se ando al jardín de atrás por unas hojas de cítrico, volvió y entró a la cocina, siendo así, Carmen alargó el cuello para asomarse a través de la ventana del recibidor, por si veía salir a Suárez de la casa de Irene, los loros callaron y escuchó lo que sonaba en el tornamesa: “Perdóname por todo lo extraña que soy, quisiera decirte hoy...”

—Esto te caerá excelente —dijo la viuda Arenas desde la cocina y en unos minutos regresó con el té que entregó a Carmen, enseguida pausó el tornamesa.

—Oiga viudita... —como no queriendo, habló la muchacha soplándole al té.

—¡Viudita, viudita...! —repitieron los loros cimbrando la jaula.

—Mmm... —le contestó la viuda a Carmen sin mirarla, porque ahora estaba arrinconando unos tiliches a los que permanecía aferrada hacía años—¡Ustedes ya cállense ese pico!—les dictaminó a los loros.

—Esos muchachos de las motos... ¿trabajan desde hace mucho con las dueñas de la quinta? —preguntó Carmen, aguantándose lo que podía parecer un atrevimiento.

—Pues nomás desde que ellas tuvieron que hacerse de gente, para defender sus territorios comerciales de los traficantes originarios del lugar e invasores. Para esas fechas los árabes ya habían fallecido, quedando de responsable la señora Violeta, ella es la que ha venido haciendo los contactos, ahora son pocos, nomás esos seis hombres, antes eran más de veinte motociclistas, pero con tantos la empresa despertaba sospechas, varias veces llegó la autoridad directito con Violeta para interrogarla, le sacaron millones adjudicándole delitos que ni al caso y, además, le levantaron a más de una docena de colaboradores, siendo ella misma quien iba a sacarlos del tambo, por eso la aprecian y unos... hasta la quieren... Su brazo derecho es Suárez, es muy astuto para lidiar con toda la raza de ñieros viciosos y traficantes, pues el morenazo también es de por allá, como muchos de ellos, así que ya te imaginas lo fogueado que se lo encontraron; por otro lado, está el segundo de Suárez, Siriaco quien, por ser el dueño del local de reparación de motocicletas, tiene la vara alta en la quinta.

—Ah...—respondió Carmen quemándose la lengua.

—O, ¿qué es lo que quieres saber... exactamente?—le preguntó la viuda con cierta malicia.

—Vi al Suárez entrando a casa de doña Irene—de forma intrépida confesó la otra.

—¡Ah... vaya! Ha de ser porque en sus tiempos libres Suárez también trabaja con ella en la sastrería, han de estar arreglando cuentas—contestó la viuda

con tono irónico—Nomás tardarán... mmm... como una hora—agregó mirando su reloj de pulsera, haciendo como que calculaba el tiempo.

—Ah ya...

—Ahora... por otra parte... mmm... que si no sabré yo todo el lleve y trae, el trae y lleve, el teje y maneje, el maneje y teje, el jale y ponga, el ponga y jale, ja, ja, ja... Acá llegaron esos árabes, jóvenes, se casaron con mujeres mexicanas y cada pareja tuvo una hija, se quedaron viudos y uno de ellos se casó con Violeta quien, a comparación de él, era muy joven, sin embargo, al igual que sus otros dos hermanos, el hombre murió. Violeta a cargo de la organización del capital, poco tiempo ha tenido para cosas personales, la gente que trata es la gente que trabaja con ella y, claro, sus hijastras y nosotras, las amigas de sus hijastras. Así es, la gente ha terminado conociéndose, no sólo en el comercio, pues como tú sabes hacen sus convivencias y se relacionan.

—...

—Acá entre nos —la viuda bajó la voz y se acercó a la muchacha—a Suárez siempre le ha gustado Violeta.

—¡Violeta, Violeta! —gritaron los loros.

—¿La señora Violeta?! —ya sin miramientos preguntó Carmen, abriendo más y más los ojos, porque el Suárez parecía ser amante, pero de la señora Irene y ahora resultaba que... “...siempre le ha gustado Violeta.”

—¡Si, Violeta, Violeta! —de nuevo se cimbró la jaula con los alaridos de las aves repitiendo palabras, después la viuda añadió:

—¡Silencio! Estas entidades plumarias están en todo... En fin, ¡y también fue novio de alguna de sus hijastras!

—... —se inmutó la muchacha, acto seguido la viuda continuó:

—¡Si en la lista no estoy yo, porque me he dado a respetar y ninguno ha sido faltoso conmigo! —echando la cabeza hacia atrás, la viuda Arenas se cargó— Él le ha sabido sacar partido a sus atributos masculinos.

“Vaya ramero...”, pensó Carmen y se bebió el té, ya tibio, de una sola empinada.

Un rato más tarde salió de casa de la viuda Arenas y confiando en que Suárez tardaría una hora, lo fue a esperar. Tal como había dicho la viuda, una

hora después el hombre del gabán ya estaba en la acera con el casco en el brazo, por lo tanto, Carmen se hizo ver como si fuese una aparición espontánea en medio de la noche, detenida ahí... junto a los ficus benjamina, a unos pasos del portón de Irene Saldaña, siendo así, el hombre del gabán la miró y sonrió con su sonrisa de hiénido.

Al irse la muchacha, la viuda resintonizó el tornamesa con la misma canción, salió y tapó con su ruana la jaula de don Renan y Lucrecia, sus compañeros desde hacía ya, treinta años; por último, se entró a casa, hirvió otro tanto el té de hojas de cítrico, lo sirvió, se lo llevó a su alcoba, ahí lo bebió sentada, en penumbras, mirando desde su ventana hacia el Bulevar del Tranvía.

20. Melancolía

Fueron hacia la casa anaranjada, donde estaban los otros muchachos reunidos después de un largo día de trabajo. Eran fechas en las que no hallaban tregua, la mercancía circulaba sin parar y había que estar alerta todo el tiempo. Estaban cenando, acomodados en asientos improvisados, sobre la mesa colocaron un envoltorio de papel con docenas de tacos aún humeantes y, alrededor, las botellas de vidrio con refrescos de sabores, según el gusto de cada uno, sin destapar y conservando todavía el vaho helado.

—Llegamos a buena hora—dijo Suárez con su altisonante voz, llevando de la mano a Carmen.

—El aparecido —estoico había dicho el Tlacui a Suárez, sin mirarlo, acto seguido el primero tomó un taco del envoltorio y se lo embutió entero en la boca.

—¿Traerás hambrita después de tanto “trabajar”, cabrón? —preguntó con su usual franqueza Melgar, viendo a los ojos al hombre del gabán.

—No, Lino ya “comió” —mirando con antojo su taco, al que le echaba limón, cilantro y salsa, repuso Jeremías, con aquel su irreverente y socarrón cinismo, a continuación, todos rieron, excepto la muchacha.

—Si, los vamos a acompañar —agregó Suárez, al escuchar lo último Heráclito le cedió su asiento a Carmen.

—Con confianza, que no te cohíba el pelón, está así porque aquí el ñiero, además de ser caballero, es filósofo, con tí-tu-lo enmarcado y no de la plaza Santo Domingo. Quedó así de calvo por confabular tanto —se dirigió Jeremías a Carmen, entonces Heráclito sonrió con cierta vergüenza, mostrando la simetría perfecta de su dentadura, corrugando los ojos inesperadamente risueños.

—Toca ir a la quinta, ¿quiénes van hoy? —preguntó Melgar.

—Todos—aseveró Suárez—¿Cierto Siriaco?

—...aja —contestó Siriaco, quien no había hablado en toda la cena.

—¿Qué tienes carnal?—se dirigió el Tlacui a Siriaco quien, comía con la mirada baja.

—...

—Se le va la Daren a la isla dominicana... —interfirió Suárez sin terminar de pasar bocado.

Y así era, se iba Darenca de vuelta a su país. Siriaco se tragaba lo salado del llanto que no dejaba brotar por los ojos, con el buche de carne y tortilla hundía en lo más profundo la demoledora crudeza de la melancolía, con la cual bregaba por el hecho de la separación; no podía escuchar aquella música proveniente del sur, cadencias alegres, caribeñas, que ahora lo rompían por dentro; temía recordar que debía ayudarle con las maletas e ir a despedirla, le faltaba valor.

—Ay mi Siri... no te preocupes, para la tristeza llegaron unos chochos bue-ní-si-mos... —añadió Jeremías, el enfermero del psiquiátrico, mientras palmeaba en la espalda a su compañero con la mano grasienta.

21. La orca

Llegando a la quinta de las saudititas, el hombre del gabán y la muchacha, vieron salir en coche a la señora Kralice, fueron allá antes que todos pues Suárez se encargaba de darle de comer a Bayola, pero en realidad a él y a los demás se les requería más tarde. Al escuchar la motocicleta, Bayola salió al encuentro, jadeante de gusto al ver la llegada de quien sabía la alimentaba, pero al darse cuenta de que el hombre no venía solo, comenzó a enfurecerse, por tanto, Suárez debió detener la moto para llevar a amarrar a la dóberman, hecho esto condujo el vehículo al traspatio de la cocina y se estacionó. Así, en la penumbra, con la luz entrando del farol del patio, Suárez sacó la cazuela de consomé con pollo que con antelación elaboró él mismo para la perra, encendió la hornilla y colocó encima el trasto para darle un hervor al potaje. Carmen observaba con atención desde la oscuridad, como si fuese un fantasma y, mientras esperaban la ebullición de huacales, pescuezos y patas, Suárez se acercó a besarla. En aquellos mismos minutos, la viva, la muerta Claudia, yacía en el búngalo, esa noche después de tantas noches de preparación, sus hermanas con ayuda de los practicantes del culto, dedicado a la santa de Oriente, la sacarían de ese estado letárgico, cataléptico y a veces zombi, en el que por años había permanecido. Escaldando las menudencias, Suárez trajo el trasto de la perra y despedazó allí diez tortillas, acto seguido sirvió el potaje encima. Mientras Bayola se atracaba, amarrada al tronco de un árbol, Carmen guío a Suárez al platanar, le quito el gabán y lo tendió, bajó las ciclópeas hojas removidas de céfiro.

Una hora después dejaron la quinta por una salida aledaña, fueron a pasear por las calles vacías; el frío comenzaba a calar. Suárez se adelantó, dando unos pasos en medio de uno de aquellos apretados y empedrados callejones, llegando a un cruce se situó en el centro, bajo el gabán levantó los brazos a la altura de los hombros, permaneciendo instantes en esa postura miró a Carmen, sonriéndole, encandilándola sugestivamente, fraguando en ella cierta complicidad, siendo así, echó hacia atrás la cabeza haciendo

emerger, de su fuerte cuello, la saturada aorta y la nuez de Adán. Se anduvieron un rato más en aquella soledad, investigando en los pequeños monumentos de piedra incrustados en las esquinas de las anchas bardas o, en las fuentes enanas de agua estancada; pronto sintieron el aire densificarse, trayendo del sur una baladí neblina que comenzó a albergarse en la copa de los árboles más altos, para después bajar y diluirse por los callejones. Fueron a buscar ponche, pues para esa época del año ya lo vendían en un puesto de la plaza bajo los arcos de los portales, bebieron aquello que les edulcoró la lengua, les hizo arder la garganta y les entibió el pecho.

—¿Qué harás al rato en la quinta?

—¿De verdad quieres saber? —preguntó el hombre del gaban mientras, mirando su vaso, devoraba dos tejocotes al tiempo.

—Sí.

—Quizá no debieras...

—¿Por qué?

—Porque son cosas raras.

—¿Harás “cosas raras”, al rato, en la quinta?

—Hace años se realiza un culto ahí, nos han inmiscuido en eso, hemos sido testigos de algunas cosas...

—...raras —agregando esto, Carmen empujó una pasa a su boca con ayuda de una varita de caña, Suárez pausó su tentador pestañeo y afirmó:

—Así es.

—Invítame, estaré escondida. Yo también quiero ver.

—A partir de las once comenzará a llegar la gente. Yo debo estar a las diez.

Minutos antes de dar las diez, bajaron de la plaza y dieron vuelta en la calle de la quinta, siendo así, vieron regresar en coche a la señora Kralice, ahora acompañada de tres personas quienes venían en el asiento de atrás, la cabeza de la persona que venía en medio sobresalía de las otras dos, Carmen reconoció a las viejas, a doña Saturnina y a doña Rigel, ¿y en medio...?, no podía ser otra que Carolina. La mayor de las sauditas detuvo el coche, para esperar a que le abrieran el colosal y centenario portón de madera con hierro, abierto el portón ingresó.

Minutos antes de las once, comenzó a llegar la casi gente, entre mujeres y hombres de fábula, no totalmente humanos, sino antropomorfos. Así llegó un hombre caminando como en zancos, con una armónica de plata colgándole del cuello y, al lado de él pero unos pasos atrás, dos hombres más de menor estatura, quienes también parecían estar sobre zancos, mas no eran zancos... esos tres hombres andaban no sobre sus pies, sino sobre pezuñas... Adelante de ellos, entraron dos elegantísimas y titánicas damas, con zapatillas centelleantes, guantes cubriéndoles hasta los codos, con maquillajes nacarados y unas tiaras de gemas preciosas pendiéndoles de la frente, además, portaban unos abrigos de piel, rimbombantes, los cuales hicieron resbalar por sus espaldas, dejándolos en brazos de una mujer que venía con ellas, a quien llamaban Bri, bajo los abrigos vestían entallados trajes strapless colmados de fulgores; cuando las vieron llegar, las sauditas trinaron de gusto y, las presentaron con la viuda Arenas y con Irene Saldaña:

—Nuestras amigas, las mejores bailarinas de danzón del país —dijo la señora Olga, vanidosamente, en breve las bailarinas llamaron a uno de los tres hombres de pezuñas, el de la armónica, éste se acercó y les extendió la mano a las atildadas señoras, quienes parecieron cohibirse ante la magnificante presencia de aquel ser.

—Él es Oliver, toca la armónica.

Carmen era testigo, escondida en alguna parte no se mesuraba y miraba con el más sedicioso figoneo. De inicio, la gente se halló congregada en la estancia principal ahí, bajo la luz de los cuatro voluminosos candelabros, les ofrecieron algo de beber mientras conversaban y reían. Carmen buscaba a las viejas entre la gente, pero ellas no estuvieron allí... evidentemente, se encontrarían arreglándolo todo para la media noche.

Minutos antes de las doce, la casi gente dejó la estancia y se dirigió hacia el búngalo, andándose uno atrás del otro fueron sellando la senda de terracería. Abajo del ingente hule, entre el búngalo y el tanque, los muchachos habían dispuesto sillas de manera circular, al centro de las sillas encendido estaba ya, el fuego. Antes de tomar asiento siguieron conviviendo, moviendo las copas de un lado a otro durante la charla, en el suelo terroso se

marcaban las huellas de los unos y los otros, levantando paulatinamente un celaje polvoso, conteniendo diminutas partículas de minerales iridiscentes. Al rato fueron tomando asiento, a continuación, las sauditas se internaron en el búngalo, para aparecer después con la hija menor de doña Jacoba, quien había crecido más de veinte centímetros.

A las doce de la noche, había un exorbitante silencio, las sauditas y la hija menor de doña Jacoba entraron al círculo y se situaron al lado de la fogata, la señora Kralice llevaba entre brazos el retrato enmarcado de la santa de Oriente, apostándose frente a la muchacha entonó un canto en una lengua ignota, Carolina cayó al suelo quedando a gatas, siendo así, con unas tijeras la señora Olga fue cortando por mechones la larga, lacia y oscura cabellera para echarla al fuego, mientras la señora Eritrea juntaba puños de tierra, que arrojaba hacia el cuerpo de la muchacha, los cuales al momento de estrellarse en el lomo de la que estaba dejando de ser humana, se convertían en destellos de seis colores. Al concluir el canto volvió el silencio, instantes después Carolina comenzó a bufar arqueándose por completo, fue en ese momento cuando algo grande se movió en el tanque, cosa que atrajo la atención de todos, segundos más tarde una alta aleta negra daba vueltas en círculo, entonces se abalanzó sobre el agua un animal, haciendo emerger la mitad de su garrafal cuerpo, salpicando así a los presentes, quienes ya se habían puesto de pie, la muchacha salió despavorida del círculo y se lanzó al tanque, agarrándose del lomo del delfínido pareció amaestrarlo, sin embargo, ante los ojos de todos los testigos, fue devorada por aquella enteleguía marina, que engalanaba la noche con la distinción de su húmedo y resbaladizo traje bicolor.

La casi gente volvió alrededor del fuego para esperar ver a la muerta viviente, Claudia. Salieron del búngalo las dos ancianas con su hermana, aquella mujer agigantada llevaba el cabello revuelto, crespo y cano hasta las asentaderas, gimiente, babeante, con los dientes que derivaron en colmillos, la piel traslúcida y llena de llagas, una parte del rostro estaba consumida, mientras las uñas gruesísimas parecían picos de perico; como era tan alta y renga debía andarse a gatas, la traían con una cuerda atada al cuello, porque las viejas sentían no poder domarla ante cualquier eventualidad. Más que

una anciana, Claudia era una bestia e inspiraba terror. Se situaron a un lado de la fogata, mientras Kralice y doña Rigel cantaban y sostenían el retrato de la santa, Olga cortaba la cabellera, Eritrea lanzaba puños de tierra contra el lomo de la bestia y doña Saturnina, fue acercándose al tanque para alistar al mamífero que estaba terminando de darse un apetitoso festín. El tanque se había vuelto un círculo con diluido carmesí, contrastante con el color de las puntiagudas astas, así como con los manchados paladar y lengua del cetáceo el cual, al haber terminado con la presa, coleteaba saciado.

22. El dosel de la cama de Violeta

Los aullidos de Bayola anunciaron el arribo a la quinta de la señora Violeta, quien llegaba conduciendo su automóvil desde el centro de la ciudad, con una mirada, Kralice hizo saber a Suárez que nadie más que él, debía ir a encontrar a la jefa. El hombre bajo su gaban, con pasos lentos y certeros, fue hacia el camino de terracería para dirigirse luego al estacionamiento, la perra bramaba de manera inusual como presintiendo lo que allí estaba pasando. Al bajar del automóvil, Violeta preguntó a Suárez, gritándole, qué pasaba con la dóberman...

—Nada Violeta, ha de haber visto una iguana y se sulfura porque está amarrada.
—Ve por ella, llévala a mi cuarto por favor.

De inmediato, Suárez hizo lo que la jefa le había pedido. Violeta se internó en la quinta, vadeando en tacones la flora y la fauna en mitad de la noche, expectantes estaban los murciélagos y la lechuza al ver pasar, hacia su habitación de piedra, a aquella mujer envuelta en su amplio vestido de muselinas lilas rozándole los tobillos, con suéter de lana, estampado con el más delicado florido, cayéndole abierto hasta las rodillas. Se percató que todo estaba taciturno y quizá, un poco más en tinieblas que la noche anterior, intentó encender las luces del pasillo, donde estaban las dos piezas para huéspedes, un baño, su despacho y biblioteca personal y al final su habitación, no encendieron, siendo común la falta de electricidad, así se dirigió a su aposento, yendo hacia allá la lechuza comenzó a ulular, como respuesta a ello Violeta sonrió, abrió la puerta de herraje negro y grueso cristal, al que resguardaba un mantón con brocados muy bien puesto para que nadie pudiese mirar desde afuera, tampoco había luz ahí dentro, sólo la que se empeñaba a entrar por los filos de los severos cortineros que cubrían los ventanales, se acercó a uno de ellos y deslizó el cortinaje a través del bastidor...

—Acá está Bayola —ahí estaba Suárez, en el quicio de la puerta, con una palmaria encendida en la mano, alumbrando el brocado del mantón, contrastando los vivos colores con el semblante de aquel hombre moreno y, al lado de él, Bayola, la perra que había tomado asiento sobre sus ancas; la mujer, de

espaladas, volteó a mirarlos dejando los brazos extendidos, tomando con cada mano una orilla del cortinaje, tuvo unos segundos para hacer conciencia, como tantas otras veces, de la profusa pulsión en los ojos que la estaban devorando. —Pasen —con naturalidad, la mujer soltó el cortinaje y se descalzó su par de zapatillas de meter, hecho esto descansó los pies en una alfombra persa. —Violeta... ¿quieres que te sobe los pies? —había dicho Suárez, mientras la perra fue a echarse a un lado del lecho, éste, velado por un dosel traslucido, pendiente desde una extensión central de la gigantesca cabecera, la cual hacía oler la habitación a corteza.

—...

—¿Quieres algo de comer?

—Sí, por favor.

—¿Qué te traigo?

—Pues algo Suárez... lo que usted quiera. Este lugar se ha llenado de rarezas, ¿siente...? —al decir esto Violeta cerró los ojos.

—...

—Más que rarezas, son horrores lo que acá hay... —la jefa continuaba con los ojos cerrados.

Suárez quedó unos instantes en silencio, volteó y observó en la penumbra la rústica repisa con piedras las cuales llegaban a “Petra”, sin embargo, por ser diferentes, Violeta las conservaba y, al centro de la repisa, alumbrada por dos velas en candeleros de plata, se hallaba la fotografía de sus padres cuando recién casados. Momentos después, guiándose con la palmatoria, el hombre salió de la habitación, se ando por el pasillo y atravesó entre los troncos de los árboles, bajó las escrutadoras miradas de la lechuza y los murciélagos; allá en la cocina asó un pedazo de cecina, hizo esencia de buganvilias y desgajó una toronja, las tres cosas las concertó en un recipiente llano de tabla y volvió a la habitación de la jefa. Entrando, al lado del ventanal, dejó el recipiente sobre la mesa de estar, adornada con un glorioso ramo de “nubecitas” que él mismo recogió en el vivero de la quinta...

—Dale la cecina a Bayola, por favor.

—Sí —el hombre acercó el trozo de cecina a la dóberman que seguía echada a un lado del lecho, al ver la carne la perra estiró el cuello.

—¿Te acerco la esencia?

—Sí —ella ya estaba en el lecho, se encontraba recargada en la cabecera, con unos almohadones amortiguando la espalda, se había aflojado el peinado, esto le permitía relajar el cuello y lanzar la cabeza libre hacia atrás para apoyarla, mantenía las piernas estiradas y los ojos cerrados, así dijo:

—¿Qué hacen las sauditas?

—Tienen reunión Violeta.

—Bárbaras, cómo pueden desvelarse tanto...

—...

—Han de estar con su Santita... —diciendo esto se incorporó un poco para darle un sorbo a su bebida.

—...

—Qué bien hace esto, es un elixir. Gracias Suárez.

—¿Quieres algo más?

—No.

—¿Acomodo el dosel?

—Sí.

Después de los múltiples trabajos asignados al principal encargado de la quinta, “El Pavorreal”, así como de las distribuidoras y sucursales, “Petra” —en el área de defensa territorial del negocio, en contra del abuso de la autoridad y su colusión con la delincuencia—, esa, la mano derecha de la jefa, cumplía con esmero elpreciado e íntimo encargo de acomodar el dosel de su cama, se había ganado tal confianza que ninguno de sus compañeros, era considerado si quiera para andarse rondando por el pasillo, donde se encontraba la habitación de Violeta. De forma artesanal, Suárez, amoldaba el velo en el contorno del colchón, para resguardar a la jefa del piquete de mosquitos, del susto de las cucarachas voladoras o de la ponzoña de tarántulas, ciempiés y alacranes, ¡pues cuentan que un día, a la mujer se le metió una tijerilla en la oreja, y dicen que ahí se le quedó! Cada vez que el hombre del gabán hacía aquella confinada labor, Violeta podía percibir su olor otoñal, proveniente de la hierba seca quemada que inhalaba, habiéndole puesto las puntas de los dedos amarillentas, hedor constituyéndole ya de por sí, intrínsecamente.

23. Festejando el milagro

—La cosa se puso peluda —ante los ojos de Jeremías, a quien habían dejado como vigía, se encontraba el tanque con el diluido carmesí y el delfínido agonizante —Cuando te fuiste a recibir a la jefa, Claudia vino y mató a la orca— dijo el enfermero a Suárez.

—Exageras, todavía no está muerta...

—Pues casi. Yo no sé ustedes, pero va siendo hora de conformarme con mi sueldo de enfermero del manicomio.

—¿Y los demás?

—Fueron a recibir a la orquesta, ya llegó.

La casi gente se congregó alrededor del kiosco, mientras tanto los músicos ya estaban afinando sus instrumentos; los pavorreales se mantenían al límite, contoneándose. Allá, en el búngalo, todas las viejas participaban en la preparación de Claudia, para ser presentada como el más fausto de los milagros de la Santa de oriente.

Iban a dar las tres de la madrugada cuando salieron del búngalo en impecable orden, de atrás hacia adelante iba Melgar, delante de él la viuda Arenas e Irene del brazo de Suárez, después las sauditas, enseguida las viejas con Claudia en medio y en la punta del séquito, avanzaban Heráclito y Tlacuilo cargando, cuidadosamente, el altar de la santa. Al llegar al kiosco atusado con guirnaldas, la casi gente ahí congregada abrió paso para dejar entrar al séquito, instante en el que la orquesta comenzó a tocar, los hombres emplazaron el altar entre la orquesta y el kiosco, en la escalerilla del mismo se hallaba Siriaco, quien, aunque demacrado por la nostalgia hacia la dominicana y sin saber bailar, extendió el brazo a Claudia para subir, ambos ascendieron y bailaron allí arriba. La casi gente comenzó a aplaudir mirando aquella memorable imagen, las bailarinas de danzón abrazaron a las sauditas y la sonrisa de todas esas mujeres, era de triunfo.

Carmen, metida entre los líquenes y los arbustos de jazmines, vislumbraba todo, se encontraba arrobada sin perder detalle del suceso, aquella

anciana encorvada a quien había visto la noche ventosa de la tormenta en la casona de las viejas, ahora bailaba agraciada y erguida, con una cabellera ondulada cayéndole sobre la esbeltez de la espalda, las mujeres le habían coronado su macilenta frente con flores, sus manos parecían vanagloriarse de cierta tersura, la muchacha no alcanzaba a mirar detalles, mas, eso habría querido. Progresivamente, Carmen fue perdiendo voluntad, hasta quedar tirada boca arriba en una especie de alucinante sopor, algo diseminaban los estirados y robustecidos tallos o, incluso podría ser emisión del manto celestial nocturno... no, más bien algo segregaba la engusanada tierra o, quizá... ¿por qué no?, era su mismísimo cuerpo el que estaba desbaratándose en levisimas fluorescencias... al frotar las yemas de sus dedos, unas con otras, desperdigaba acá y allá milimétricos albores, si, era ella, sin embargo, también los jazmines radiaban.

Después del primer baile y de la homogénea ovación, Claudia tomó asiento para gozar de lo que habían organizado en su honor. Las bailarinas dieron apertura, moviéndose resolutivamente sincronizadas, garbosas, instigando frenesí con su danza, eran acompasadas por una apasionada interpretación musical de danzón; posterior a eso, Irene Saldaña se situó al centro y comenzó a declamar un poema en portugués, acompañada por un melódico sonsonete de cuerdas; al rato, dejaron caer unas telas atadas desde lo alto de una estructura arqueada, a pocos metros del kiosco, entonces una pareja de acróbatas, al ritmo de percusiones, realizó ingeniosos ejercicios de flexibilidad y resistencia allí arriba, al descender bailaron con un par de teas encendidas, así como con aros de fuego elaborando impresionantes malabares, descalzos, sobre arena. Vino el turno del hombre de la armónica, quien quitándose la gabardina de pana verde oliva, quedó sólo con la cadena de plata y su instrumento en el centro del pecho, con el puro aliento hizo callar las onomatopeyas para hacer escuchar lo inefable, cerraba los ojos, a sabiendas de la confianza en su ya muy curtida dosificación para soltar el aire sibilante, emanando así una sentida tonada aulética, podía verse, a través de la espalda, la arborescencia pulmonar reverberando dentro de la caja torácica, ésta última, bien dispuesta sobre sus dos patas de unglado.

Más tarde, todos bailaban y bebían, conversaban y reían. Claudia se hallaba mirando y sonriendo estáticamente, empero, de manera subrepticia la mujer levantó la barbilla hacia lo alto del kiosco, acto seguido se puso en pie lanzando hacia adelante el plexo solar, con los ojos en blanco se agravó su paroxismo, desembocando en una sarta de movimientos y estertores, haciéndola parecer espeluznante, tras aciago hecho, la casi gente retrocedía febril observando a la mujer, quien perdió de tajo aquel género de ductilidad, el cual galvanizó su ser a partir de la media noche, pero ahora clamaba hacia sí misma una energía más abominable que la de antes, ¿cómo era posible que frente a los ojos de todos los presentes, eso estuviese sucediendo? ¿acaso no se acostumbraba que las cosas, entre más perversas e inusitadas fueran, les tocaba rebullir en lo recóndito de lo privado? ¿acaso esas cosas, de ninguna manera deberían crisar los murallones calcáreos de la “realidad”, menos aún, de la “realidad” que atañía a lo público?

“Todas esas viejas hicieron menjurjes para hacernos ver esta invención...”, conjeturaba Carmen, quien apenas podía sostener la cabeza entre los jazmines para ver lo que estaba pasando en el kiosco, cuando ahí, entre la tierra de sus manos, comenzó a surgir una vertiente hídrica, haciéndola recordar el manantial subsistente en la zona, quizá iba siendo hora de vencerse ante aquella dimensión no terrena, de tumbarse mansamente y fundirse en la pléyade onírica de la madrugada.

De mañana, la luz tornasol del día refulgía ya desintegrando, aunque no del todo, la fosca tenebrosa de la madrugada. Carmen despertó, abrió los ojos, se incorporó para tomar asiento, vio sus manos... estaban húmedas, pegajosas, con tierra, hierba y raíces adheridas, las limpió frotándolas, así mismo hizo con sus mejillas, piernas y cabello, inhaló un poco de aire y al exhalar experimentó una sensación calamitosa, siendo así, cerró los ojos y tragó saliva, llevó su mano hacia el centro del pecho y quiso llorar, mas no pudo. Ya en pie sintió mareo, al pasar el váguido salió de entre los jazmines, levantando las rodillas. Alrededor del kiosco se encontraban los remanentes de la tertulia de anoche, ahí arriba, en el kiosco, permanecía la butaca arreglada para Claudia y su corona de flores había quedado botada en las escalerillas, Carmen volteó

a todas partes... no había nadie; rodeando, pues no quería ser vista, se ando para urdir antes de la retirada, se dirigió al bungalow, porque quería corroborar lo que anoche había visto, estando ahí se colocó entre las raíces del hule y miró hacia el tanque redondo, ciertamente, ahí se hallaba la orca desmembrando, con su blanco y negro, cualquier tipo de ambigüedad en los colores del mundo, de la poca agua aún contenida procedía una nauseabunda fetidez, pues era el condensado del animal que parecía muerto y de los restos humanos, aquello era real, a continuación, levantó la cara y observó la vastedad entramada en la copa del hule, al correr la vista divisó la forma cónica del tejado del bungalow... Después de haber saciado aquella temeridad, supo que era hora de salir de ahí... cuando se había decidido, escuchó los insolentes ladridos de la perra retumbando allí abajo, donde estaba ella... aquellos ladridos provenían desde arriba... precipitada, viró la vista hacia la copa del hule tratando de encontrar a la perra, ¡no podía dar con ella!, sin embargo, pasado un momento, en una de las ramas... vio posada en cuclillas a una vieja, era ella quien ladraba... Carmen abrió los ojos, pávidamente...

—No voy a dejar que te lo lleves. ¿Crees que no he visto suficiente? —era la señora Irene, desnuda, con la cabellera suelta, en cuclillas, prensada de una rama; al terminar de hablar, comenzó a ladrar de nuevo y Carmen huyó, ipso facto, de la quinta.

Saliendo a la calle tomó hacia la derecha, después bajó pasando por bardas empedradas, celosías y ventanas con balcones a ras de la acera, atravesó Paso de los Funerales, pasó la antigua parada del tranvía con el encino y la banca de piedra, iba veloz con el cabello en la cara, transpirando entera, unas cuabras adelante, ya estaba en Peña Pobre.

Aún con los ojos muy abiertos, pero tratando de recomponerse, entró a la casona de las viejas donde había... un inusual trajín...

24. Caldo de res

—¡Carmen... ¿dónde andabas?! ¡No podemos dejar entrar a Jacoba... nos querrá sacar de aquí con todas las de la ley...! —dijo exasperada doña Rigel, halando de la mano a la muchacha recién llegada.

“Maldita sea... ‘con todas las de la ley’...” se encolerizaba Carmen... “¿A dónde voy a ir?”

—¡Carmen... reacciona muchacha... que viene Jacoba...!—insistía Rigel.

—...

—¡Si nos sacan, ¿a dónde iremos?! —cuestionó la hermana de Saturnina.

—...

—¡Nos exigirá entregarle a Carolina! —...berreaba la misma vieja.

—¿Qué pasó con ella?—por fin habló Carmen, simulando ignorancia.

—¡Se la tragó una ballena! —gritó doña Rigel, poniéndose las manitas temblorosas en la cara.

—Cállate la boca, ¿cuál ballena?, ¿acaso estás loca?—intervino doña Saturnina.

—¡Sí Carmen, una ballena asesina! —volvió a decir doña Rigel con voz alarmante y aguosa.

—...

—Digámosle a Carmen, ella puede ayudarnos —ahora el tono de doña Rigel se tornó vehemente y miraba a la muchacha, acosándola.

—Cállate, ¿quieres ir a dar directo al nosocomio de las delirantes? —sentenció doña Saturnina a su hermana.

—Somos unas ancianas, vamos a quedar en la calle y tendremos que cargar con tu hermana a quien debimos dejar bien morir hace muchos años—seguía hablando Rigel, victimizándose, viendo de reojo a la hermana, chantajeándola.

“¡Carajo... vieja mustia!” pensó la muchacha.

—...

—Ven Carmen, te vamos a presentar a alguien, la tenemos encerrada en el cuarto prohibido... —persuasivamente, Rigel tomó del brazo a la recién llegada.

—¡Que te calmes! —diciendo esto doña Saturnina hizo que su hermana solta-

ra con brusquedad a Carmen.

—Se llama Claudia... y es inofensiva... —se obstinaba Rigel...

—¡Que te calmes y te calles! —por consiguiente, Saturnina le propinó rotunda sacudida y, finalmente, reverendo bofetón a la hermana, quien cayó de nalgas en uno de los sillones de mimbre de la salilla.

Carmen entornaba los ojos, aquellas mujeres habían adquirido cierta destreza, cierto brío, habiendo abreviado su senilidad... “¿puede ser posible lo que estoy viendo?”, se preguntaba ella, mirando incrédula a las viejillas.

—Carmen, no tomes en serio a Rigel, ya estamos malas de los nervios... —hablaba doña Saturnina, mientras se limpiaba la cara con un lienzo de algodón—. Estamos cansadas y tú debes estar igual, vámonos a descansar. Es temprano, más tarde las tres saldremos a hacer el almuerzo y después te damos un rato libre para que vayas por una nieve... ¿qué te parece Carmencita?

—Sí doña Saturnina.

Cada una se fue a su habitación. Carmen se lavó la cara en la jofaina de su dormitorio, después se desplomó en la cama haciendo tronar la estructura de latón; con las manos relajadas a los costados cerró los ojos, en dicha postura sintió mugir los muros, pero no hizo caso, se quedó dormida.

Al rato, salieron las tres para encontrarse en la cocina.

En la cocina, Carmen convino sobre la hornilla encendida una olla con agua, sal, ajos, media cebolla y yerbabuena, luego saco los trozos de carne del refrigerador, los enjuagó en una coladera de metal y los echó en la olla con lo demás, mientras el agua hervía y la carne se cocía, hizo la salsa y el huevo con frijoles para almorzar, al tiempo, las viejillas sentadas pelaban y picaban las verduras para el caldo de res. En la radio, se informaban las noticias internacionales acerca de la asidua exaltación bélica, que por décadas habían mantenido estadounidenses y soviéticos. Sentadas en la cocina comenzaron a almorzar, remojando la telera para suavizarla... silentes escucharon el barullito de una ventisca en el jardín y enseguida, sintieron la frágil corriente entre las piernas, nadie dijo nada, estaban sosiegas, ilusionadas frente a su plato de comida, con su pocillo de té de manzanilla a la mano. Al terminar, las viejas tomaron sus rosarios yéndose a sentar a la salilla; Carmen aseó la cocina mientras esperaba que el caldo estuviese listo. Cuando no hubo más quehacer, salió de la casona.

25. Daga de plata

Fue por la nieve. Se dirigió después a la Sastrería Saldaña, ahí donde la viuda Arenas le había dicho que Suárez trabajaba también. Al aproximarse, Carmen sintió latir su corazón reciamente, al llegarladeó la cabeza para asomarse al interior de la accesoria, ahí se escuchaba la suite en C menor, BWV 997, de Bach, transmitida en alguna estación de música clásica en AM. Suárez estaba de pie, arreglando un esmoquin, vestía una bata azul marino, siendo el uniforme usado por los empleados de la sastrería; al tiempo que hacía sus deberes, dialogaba ameno con alguien a quien Carmen no podía ver desde donde estaba, cuando Suárez la vio le sonrió con aquiescencia, con un enloquecedor rasgo pedestre tan de él, siendo así, ella lamió su nieve, segundos después la muchacha tenía al frente a Irene Saldaña, interponiéndose entre ambos, era con Irene con quien Suárez dialogaba adentro de la sastrería; la señora, atestaba con olor a “Corina Guerrera” hasta el último rincón de su pequeña accesoria, estaba excelsa en su traje azul cobalto, con tocado, mascada, cartera, guantes, zapatillas y medias...

—Hola —dijo la señora, poniendo en sus labios una escalofriante sonrisa, aún más insinuante por su labial guinda, acto seguido se deslizó los guantes de las estupendas manos ensortijadas, exhibiendo sus uñas con esmalte al tono exacto del labial, Carmen observó los párpados y las pestañas de la mujer, tal como si llevara plegadas las alas de una mariposa, compuestas de polvos galácticos, después bajó la vista y apreció sus manos, Irene había abierto la cartera, entonces guardó los guantes y sacó un estuche del cual desenvainó una daga de plata... Carmen abrió los ojos y sintió parar su sangre de súbito.

—...

—No deberías estar aquí —en la mano derecha, Irene tenía el arma blanca apuntando hacia las costillas de la muchacha y, con la mano izquierda, acarició sus cabellos que colgaban sobre su seno derecho, sin necesidad de jalar, la señora se apoderó de un manojito de pelo...

—...

—¿Si ves...? —Irene volvió a sonreír y le mostró a Carmen lo que le había quitado, al ver su cabello soltó la nieve que cayó sin rebotar sobre el asfalto, desde adentro de la sastrería los ladridos de Perrita no se hicieron esperar.

26. La tranca y gelatinas de pistache

Carmen volvió a la casona, doña Saturnina y doña Rigel se encontraban haciendo la siesta con la cabeza recargada en sus mecedoras, entre las mantas tenían sus rosarios bendecidos y enredados. Fue a la cocina, se lavó y cogió un puño de jamaica para hacerlo agua. Al rato, despertó a las viejillas y les sirvió de comer. Casi al final de la comida, ya con los huesos de la carne de res reunidos en un solo plato, tocaron la aldaba del portón...

—Ahí está Jacoba —dijo trémula doña Rigel, dejando a un lado la descompasada languidez que sentían al final de la comida.

—Abre Carmencita —terminando de roer su último hueso, ordenó la otra vieja sin mirar a la muchacha.

—Sí doña Saturnina.

—Tú siéntate y cállate Rigel —le imperó a la hermana también sin mirarla, pues estaba concentrada en extraer el último jaloncito de tuétano.

Se ando la muchacha hacia el portón, antes de abrir alzó la tapa de la mirilla... “Ay no...”, se dijo, había llegado doña Jacoba.

—Adelante, la estábamos esperando —Carmen hizo entrar a Jacoba y se asomó a la calle para cerciorarse de que venía sola, así era, la calle estaba vacía.

—Tú cállate. ¿Dónde están mis tías y Carolina?

Sin esperar respuesta, doña Jacoba lanzó una mirada despectiva a la muchacha y dio media vuelta para ir hacia la salilla, siendo así, Carmen levantó la tranca del portón que estaba recargada en una esquinita y sin trastabillar la golpeó rudamente en la cabeza, la mujer cayó sin rebotar al suelo, habiendo quedado su cuerpo boca abajo; sin mirar más, la muchacha acarreó la tranca a su lugar y regresó a la cocina...

—¿Listo mija?

—Sí doña Saturnina.

—Otra vez respiro tranquila —agregó doña Rigel.

Por la tarde, las viejas llevaron a su hermana al jardín, una de una mano y la otra tomando la otra mano, Carmen las observaba desde el arco

de la cocina, parecía que estaban hablando, pero no alcanzaba a escuchar las palabras que decían. Anocheciendo, las tres hermanas se habían encerrado en el cuarto prohibido, al rato doña Saturnina y doña Rigel reaparecieron para incinerar a Jacoba, a quien, ¡ellas solas!, habían arrastrado desde el portón hasta el jardín, a Carmen le encargaron preparar el té de romero y después podía irse a descansar.

Al otro día todo se repitió, ahora el ánimo de doña Rigel se hallaba convulso, pues aseveraba que vendría Catalina a reclamar a su madre y a su hermana menor. Muy temprano tomaron sólo un poco de té, después las viejas se fueron a sus habitaciones, a esas horas Carmen recogió en una cesta la fruta madura y bien compacto, en dos costales, colocó el deshecho orgánico, los frutos podridos de ambos jardines y las cenizas, todo lo cual amarró, concienzudamente, y entregó al camión de la basura. Para el almuerzo, Carmen dispuso en la mesa de la cocina la cesta con granadas, ciruelas, peritas e higos, en otro recipiente acomodó los tamales picantes que compró después de entregar los costales a los basureros. Se sentaron a almorzar, con el champurrado bien caliente se placían las tres de aquel momento; al terminarse los tamales estaban satisfechas, Carmen se levantó para sacar los filetes de pescado y envolverlos en aluminio con jitomate y laurel, después los puso a guisar a fuego lento en una cazuela de barro, mientras se guisaban volvió a sentarse junto a las viejillas, para degustar la fruta tan dulce recién recogida del jardín.

Terminando algunos quehaceres, Carmen salió de la casona y fue al centro. Entró a la iglesia, yendo un momento hacia las jardineras que rodeaban los limales, sentada en uno de los pretilos, vio pasar tres monjas agarradas del brazo... “No se dejan mirar la cara...”, observó Carmen y se preguntó: “¿Serán las sauditas, doña Irene, la viuda Arenas o las mismas viejas? Por algo no se dejan mirar las caras.”, antes de caer en un desvarío, mejor decidió irse de allí para dirigirse al edificio delegacional, a sentir lo fresco de las tapias cubiertas de murales; después paseó con dirección al kiosco, bajo la sombra de los álamos y los nogales, vadeando las baldosas botadas hacia arriba por las raíces, miró a la gente en las bancas de acero y escuchó el meneo del agua de

las fuentes; por último, se acercó a los portales y contempló un rato el ajeteo del lugar, de vez en vez recordaba que hacía apenas unos días, había estado abrazada del hombre del gabán, pero le interrumpía la remembranza notificarse a sí misma, lo siguiente: más le valía normalizar las cosas que estaban pasando, las cosas que ella había hecho sino, no podría vivir con tantas congojas y visiones enigmáticas.

Carmen volvió a la casona, doña Saturnina y doña Rigel se encontraban haciendo la siesta con la cabeza recargada en sus mecedoras, entre las manitas tenían sus rosarios bendecidos y enredados. Fue a la cocina, se lavó y cogió otro puño de jamaica para hacer agua. Al rato despertó a las viejillas y les sirvió de comer. Casi al final de la comida, la radio sonaba de fondo bisbiseando sobre el ocaso de la Guerra Fría; se hallaba ya el papel aluminio con las puras espinas del pescado y las hojas de laurel, cuando se escucharon los porfiados toquidos de la aldaba del portón...

—¡Catalina! —sobresaltada dijo doña Rigel, levantándose de la silla y asentando de un tirón ambas manos sobre la mesa.

—Abre Carmen—sin mirar a nadie mandó doña Saturnina.

—Voy doña Saturnina.

—Hermana...

Se ando la muchacha hacia el portón, antes de abrir alzó la tapa de la mirilla... “Ay...”, se dijo lamentándose, había llegado la hija mayor de la interfecta Jacoba.

—Pasa... —Carmen hizo entrar a Catalina y se asomó a la calle para cerciorarse de que venía sola, así era, la calle estaba vacía.

—Hola Carmela... ¿mi mamá y Carolina están aquí? —dijo Cata, mirando a la muchacha con aquellos ojos pequeños y duros como dos balines. La hermana de Carolina no había dado media vuelta para seguir por la casona como si ya fuese la dueña y como si ella, Carmen, fuese menos persona por el hecho de ser la cuidandera de las viejas, pero instantes después, sin esperar respuesta, la señorita lanzó una mirada displicente a la cuidandera dando media vuelta para ir hacia la salilla, Carmen deliberó unos segundos, entonces levantó la tranca del portón recargada en una esquinita y, sin trastabillar, la golpeó rudamen-

te en la cabeza, la señorita cayó sin rebotar al suelo, habiendo quedado su cuerpo boca abajo; sin mirar más, la muchacha acarreó la tranca a su lugar y regresó a la cocina...

—¿Listo hija?

—Sí doña Saturnina.

—Otra vez respiro... —agregó doña Rigel, levantándose un mechón de canas de la frente.

Fue así que las dos ancianas se entregaron sin remilgos a la descompasada languidez, ya mencionada, de la digestión... Al ratito, preguntaron si habría algún postre.

—Hay gelatinas de pistache —respondió Carmen, quien fue al refrigerador para sacar tres moldecillos redondos de metal, los llevó a la mesa, después acercó cucharillas.

Ya sentada al lado de sus empleadoras, retiraron el papelito encerado, desplegando y dejando expuesto aquel cuerpecillo verde, cremoso, en el que hicieron patinar sus cubiertos, llevando después... estimulantes porciones a la boca... dejándose arrasar por la alborozada succulencia del sabor, que les provocaba aquel inocente manjarcito.

27. Felpa y rompopo

Al transcurrir los días, una abultada extrañeza se consagró en la casona de las viejas.

Algunas noches se escuchaba la risa de Catalina, proveniente del baño del cuarto grande, la que había sido de doña Ninfa y don Teo, los padres de las viejas; a veces, Carmen, al pasar por la cochera, sentía la presencia de la señorita, pero decidía no voltear y seguir de largo para realizar sus deberes. El cuarto prohibido, seguía siendo así, las viejas continuaban noche a noche levantándose para hacer sus cosas de viejas... “Ellas levitan...”, le había dicho Darenca a Carmen, además, agregó la dominicana... “Ellas hablan con la del retrato y la voz les cambia...”, seguro lo hacían, sin embargo, todo eso perdía peso ante la cantidad de eventos sucedidos, ante las muertes de doña Jacoba y sus dos hijas, dos de esas muertes acaecidas en la casona de las viejas y la otra muerte, la de Carolina, en la quinta de las sauditas. Aquella “abultada extrañeza”, tomaba fuerza por estas muertes y rebasaba la atención sobre los “asuntos psíquicos” de las viejas.

A Carmen le costaba conciliar el sueño, ya no por los “gemidos, o voces distintas...” que de pronto escuchaba a media noche o antes del amanecer, más bien permanecía en vigilia dando vueltas en la cama, haciendo crujir la estructura de latón, tratando de acallar lo que restaba de la inmolada conciencia. Cuando acertaba dormir un poco, se soñaba convertida en una orca en medio del océano, sintiéndose infinitamente chiquita ante aquella acuerpada masa cerúlea y yerma; otras veces soñaba que en lugar de haber visto esas tres monjas, sentada en el pretil de las jardineras de los limales, veía tres costales cerrados, llenos de algo... los cuales cobraban cierto movimiento, cierto rigor por dentro, haciéndole sentir un pánico indescriptible; o a veces... soñaba que llegaba doña Jacoba a la casona, que después de hacerla pasar y cerciorarse de que venía sola, tomaba valor y volteaba para agarrar la tranca mas, la tranca no estaba en la esquinita de siempre, por tanto, era presa de una hostil aversión, pues decidía tendría que acabar con sus propias manos con la vida de

aquella “marmota gigante”, quien para defenderse le hundía, acá y allá, los chiquitos y afilados dientes.

Al despertar, Carmen mentalizaba sobre la indigencia, en el hambre, el frío, la locura, la cárcel, la finitud... perdía el hilo del sueño, del descanso, sabía tendría que seguir viviendo y pensando, y como debía seguir viviendo y pensando pues seguiría sintiendo... Venía a ella la imagen de las niñas, pegadas a los cuerpos desfallecidos de sus madres, en esa Gran Avenida donde pasaba el tiempo sucediéndose la marabunta de gente y transporte, donde el espacio pervivía obliterado y entre unos y otros se miraban como si fuesen perpetuamente inoportunos, acarreado su humanidad acá y allá, en aquel turgente amasijo de mundo.

No podía dormir, sabía que debería ir a los almacenes Xitle, para comprar las cositas materiales de las viejas y a la tienda de telas, ahora por metros de felpa, porque el invierno se aproximaba y podía ser muy frío; sabía tendría que cruzar las calles del Bulevar del Tranvía, temiendo ver pasar al hombre del gabán convertido en hiena; sabía la invadiría la acuciante tiricia en el camellón de la Glorieta de los Hospitales, mirando hacia el sur y hacia el centro de la ciudad, preñada de una lividez mortecina, asintiendo ser el centro del atizadero de una conciencia sensible, por tanto, le rodarían las lágrimas... Despojada de entender el sentido de lo benigno y de la hilarante veleidad de la gente comiendo en la calle, se quedaría bajo los puestos, abrazando, sin poder rodear del todo, la fungosidad de su bolsa con la felpa adentro, para sentir un poco de algo y paliar la oquedad; esperaría afuera de los baños públicos, desbalagada en el clamor del arrabal, moviendo discreta las rodillas... izquierda, derecha, izquierda, derecha, para desfogar la tensión en los huesos y el dolor en las espinillas.

Se iría al sentirse el frío y pasaría a dejar al costurero la felpa, para que con la máquina le cosiera la bastilla, no se les fuera a deshilar luego; luego, dejando ese mandado iría por un pan, sí, por un pan, para tener algo que hacer al volver... Regresaría a la casona, lo prepararía todo para las cosas de las viejas, se iría a dormir y, al dormir, soñaría. Soñaría que le devolverían esos costales con hojas y cenizas, emplazándolos afueri-

ta del portón, ahí sobre Peña Pobre, que en el interior de los costales algo se movería, luego ella debería jalar esos costales para meterlos, pero no podría pues pesarían como si adentro contuvieran cascajo, pediría ayuda a las viejas, sin embargo, ellas ya no despertarían de la siesta, les tentaría las manitas engarrotadas y concluiría, ahí dentro del mismo sueño, que debería permanecer en la casona, pues no tendría a dónde ir y, estando ahí, cuidaría de Claudia.

De mañana despertó, dejó todo listo y se preparó para salir a la calle. Fue al costurero y recogió la felpa. De regreso compró un polvorón, después pasó de largo la calle de Peña Pobre y prosiguió por el Bulevar del Tranvía, quería ver por fuera la quinta “El Pavorreal”, cruzó Paso de los Funerales e iba calle arriba cuando vio subir un montón de patrullas que dieron vuelta en la calle de la quinta, al llegar a la esquina, se quedó quieta y abrazó su bolsa, pues el patrullal se hubo detenido mero enfrente del domicilio de las sauditas, haciendo en la colonia un alboroto con las sirenas; al ratito, ya venían de adentro de la quinta los motociclistas con las manos puestas sobre la cabeza, todos con pantalón de mezclilla y camisas desfajadas, para ellos usaron dos patrullas, tres hombres cupieron en una y tres en otra, después las tres rucas, todas con el cabello tieso y zigzagueante hasta las asentaderas, dándoles el sol mero de frente en esas caras acabadas de despertar, cosa que las puso iracundas, vistas así se les había quitado lo arcano, iban argüendeando en voz alta y gutural, soltándoles de codazos a los policías, quienes a empellones metieron a las tres en una tercer patrulla que las estaba esperando adelante de las otras dos, en donde ya estaban los hombres.

Seguro la policía ya estaba informada de la muerte de Carolina, pues de eso hubo bastantes testigos, esto concluyó Carmen al ver todo ese movimiento; ahora, esa gente se declararían inocente, alegarían habría sido una orca la que mató a la muchacha, ¡sin importar que ésta fuese la más quimérica, rocambolesca y fantástica de todas las anécdotas! Se fueron las patrullas, se escuchó el sonido de las sirenas hasta que salieron de aquellas calles para perderse después, por las vías rápidas de la ciudad. Carmen ando por la sombreada y angosta acera abrazando su bolsa, llegó a la rejilla de la quinta

y metió la cara entre los barrotes, desde ahí todo era verde, se escuchaba el bisbiseo de la canaleta, por alguna ciencia se había formado un arcoíris que se perdía entre las lianas colgantes de las enredaderas, mientras mordía su polvorón glaseado se le reveló aquel arco, haciéndole sentir cierta molicie, siendo así, pensó en la tal Violeta, ¿acaso esa señora, nuevamente, tendría el poder de parar los procesos de la ley en contra de toda esa gente...? Seguro de noche o a más tardar al otro día los seis hombres y las tres mujeres estarían de vuelta en la quinta, festejando, hasta con mariachi, su salida de la delegación, correría el mezcal y los antojitos, los dulces árabes y mexicanos... sí, así sería.

Regresó a la casona, dejó una felpa doblada en el ropero de la habitación de doña Saturnina, otra en el ropero de doña Rigel, al final fue a su dormitorio y tendió la felpa en su cama, se echó un rato encima para estar mirando, con ocio, lo despostillado del techo, pensando que debió haber lavado las felpas antes de usarlas. Salió de su dormitorio para ir a la cocina. Al tiempo que enjuagaba los rábanos y el hígado, sonaban canciones de otra década en la radio, en eso estaba cuando miró a través del arco, allí en el jardín, a las tres viejas riendo por una cigarra que les volaba alrededor. Al rato fue doña Saturnina a la cocina...

—Carmen, hoy va a comer Claudia con nosotras.

Sentadas las cuatro mujeres en la cocina, doña Rigel frente a doña Saturnina y Claudia frente a Carmen, comían sosegadas y sin mirarse. A Carmen le intimidaba la altura de la mujer a quien tenía enfrente, la muchacha no dejaba de comer sin parpadear, metiendo la cuchara en sus rubias habas con queso... lo hacía así, evadiendo mirar a detalle aquella cara, pues hacerlo podría pasar como una ofensa; con la mano tembleque, deforme, Claudia soltó su cuchara para coger uno de los rábanos acomodados en una cazuelita al centro de la mesa, puesta al lado del platón con los filetes de hígado; al asir el rábano se lo llevó a la boca para plantarle una mordida, haciendo gestos al sentir derramársele aquella cáustica frescura después, hundió el tubérculo entre la leguminosa. Terminaron de comer, más tarde de lo acostumbrado...

—Parece que esta comida amerita un rompopo... —por fin rompió el silencio una de las viejas.

Sirvió Carmen el rompopo con granizos de hielo, en cuatro tacitas que parecían de juguete, le acercó a cada vieja su sorbete...

—¡El rompopo sabe a pura yema de huevo Saturna!

—Bébelo, ya tomaremos otras cositas en la noche.

—¡Además... este asqueroso color, tú sabes que yo, ni de muchacha me vestía de amarillo...!

—Carmen, hoy por la noche las sauditas mandarán un carro por nosotras, habrá una pequeña reunión en la quinta. Si quieres puedes acompañarnos.

—Sí doña Saturnina.

—Bien.

Siguieron bebiendo, a Claudia le costaba el requerimiento de empinar-se el trastecito para lograr obtener el contenido, y ser feliz.

28. Liberados

Ahí estaba el carro, detenido en Peña Pobre frente al portón de la casona de las viejas, eran las nueve de la noche en punto. Salieron las cuatro mujeres ayudando a Claudia a cruzar el borde del portón, la anciana iba vestida de negro, con una chalina ocre de seda, regalo de las sauditas, cubriéndole la cabeza y el cuello, la ayudaron a abordar el carro con mansedumbre harta. El carro salió de Peña Pobre, para tomar el Bulevar del Tranvía, Carmen asomada a la ventanilla con los labios pintados y la diadema deteniéndole el cabello, escrutaba las calles vacías sin dejar de maquinarse en que se encontraría con el hombre del gabán, su emoción la percibían las viejas...

—El diablo tiene cuerpo y cara... —entre dientes mencionó doña Rigel.

El carro entró en la quinta, deteniendo su marcha en el patio de cantera a un lado de la fuente, sobre el canto de la fuente se hallaba Bayola, dormida. Las acompañaron a pasar a la estancia principal; al ingresar, de inmediato el petricor se agudizó en el aire despejando las vías nasales, abriéndose paso hasta los pulmones, eso era porque el agua corriente en la pequeña piscina se impregnaba en la piedra y, aunque el líquido permanecía concentrado en ese espacio, la humedad viajaba y activaba la tierra de las alocasias, transformándola en barro. Al acercarse al área de la chimenea la luz viraba a tonos cálidos, el fuego vibraba con el aire y éste le desprendía mechones rubicundos al primero, que de forma instantánea asumía el ambiente, ese calor subía para agenciarse en los objetos... en el hierro de los candelabros y en aquel ardiente torso de bronce que Carmen se detuvo a contemplar, pues le recordó el cuerpo de Suárez bajo las ciclópeas hojas del plátano, también miró la calavera de azúcar y las veladoras encendidas a ambos lados, después las cinco pinturas, que así de cerca le infundían entre solemnidad y acato, estaban pintadas las tres sauditas, Bayola y, lo más llamativo de la estancia, el retrato de la señora Violeta, de cuerpo entero. Enseguida, distrajerón su mente las viandas abarrotadas de apetecibles bocadillos, las habían dejado sobre la especie de centro-mesa, ésta rodeada por la sala, las viejas se encontraban ya muy apersonadas en un dispendioso sitial para tres, entonces llegaron a

ofrecerles un aperitivo, alegres eligieron su copita, doña Saturnina hizo el favor de tomar una para Claudia.

Minutos más tarde entraron a la estancia principal Olga y Eritrea, escandalizando con sus movimientos y voces, con sus atavíos chillantes, agitando las cabelleras teñidas de púrpura y rojo frambuesa, los rostros subidos, iluminados con rubores en las mejillas y la punta de la nariz, ellas habían hecho esfumarse el petricor, con sus lociones descollantes a talco veterano y acre. Con sobrado cariño y confianza, palmearon a las viejas en la espalda pidiéndoles no se levantarán, traían un lienzo en los brazos que acomodaron a lo largo de las piernas de las tres doñas, para resguardarlas del frío del alabastro, además les mandaron pedir otro licorcito. Con mayor seriedad, llegó la señora Kralice y con ella, Heráclito y Tlacuilo.

—Apreciadas señoras, da mucho gusto verles —se dirigió Kralice a las tres viejas, acariciando la barbilla de Claudia quien estaba en el centro—. Te veo mejor mujer.

—Poquito menos renguita... —agregó Rigel dándole un sorbo al licor, mientras Claudia hizo una mueca, al parecer, asemejando una sonrisa.

Tlacuilo se dirigió a atizar la hoguera y Heráclito encendió una varita de incienso que colocó, con cuidado, en un resquicio de la chimenea.

A las diez, todas estaban reunidas en la estancia principal de piedra, ahí se encontraban también los hombres, sin hablar, pero escuchando. Carmen permaneció sentada, comiendo lo que le ofrecían y bebiendo otro tanto, callada, aprovechaba que las mujeres estaban distraídas, para observar detalles en sus fisonomías. Al frente de Carmen estaba Irene, con esos brazos que parecían tan firmes, a la izquierda de la señora, sentado en una poltrona de medio oriente, estaba Suárez, vistiendo su gabán de grecas, tenía la espalda reclinada, la cabeza echada levemente hacia atrás, con los dedos de las manos entrecruzados sobre el vientre, los muslos relajados y estirados, los pies uno sobre el otro, su cabello engomado descendía hasta perderse en las patillas y las patillas se difuminaban en la barba que se cerraba en la barbilla, ésta dividida, aquella cara era casi un óvalo, óvalo deshecho en los costados bajos por la cuadrada quijada, al abrirse la sonrisa, corría la piel de las mejillas hacia atrás, hacia las orejas, mostrando los dientes de hiénido.

29. Diálogo escarpado

Las mujeres saltaban de tema en tema, desde recomendaciones de mezclas con flores para preparar infusiones y curar los males de la senectud, ungüentos para aminorar los calambres musculares, minerales que las ayudaban a apoderarse del dinamismo de los astros... hasta cómo pasaron las horas en el ministerio esperando que Violeta llegara por ellas...

—Parece que secuestraron a sus sobrinas —dirigiéndose a doña Rigel y a doña Saturnina, dijo la señora Kralice, sin terminar de tragar un trozo de dátil.

—Carolina está muerta, pero las otras están desaparecidas —agregó Olga, despegando con la uña el papel encerado de su dulce, el cual mordió con sutileza, no se le fuese a desmoronar el hojaldre entre los dedos.

Al escuchar que la charla se tornaba hacia Jacoba y sus hijas, Carmen hizo contacto visual con las viejas...

—Esto me recuerda a la difunta Esthercita —dijo la viuda Arenas, realizando un gesto que quizá fingía aflicción, al escuchar esto, Carmen sintió transpirar las palmas de las manos y cambió la postura de su cuerpo.

—Eso no viene al caso, aquello fue cuestión de malas compañías en la escuela, ¡un infortunio! —habló la señora Eritrea.

—Hay tanta gente asesina suelta...—sentenció Irene Saldaña, mirando a Carmen con naturalidad, pues era a quien tenía enfrente, en aquel momento entraba Melgar con leña—Por la muerte de la querida Esther, aún no hay nadie en la cárcel...

—Esperemos que todo se resuelva Irene—trató de concluir doña Saturnina.

—Bueno, bueno... eso de que se la echaron en la escuela... —ya entradita en licores habló fuerte doña Rigel... y ante lo dicho con bastante desparpajo, Jeremías no pudo contener una audible risilla que en Suárez fue carcajada.

—Si me permite, señora Kralice, todo eso ya pasó.

—Siriaco tiene razón —dijo la mayor de las sauditas, confirmando al muchacho pelirrojo.

—Sí claro, Esthercita se quedó en el pasado, así como Trinidad y otros, al pasado y a los muertos hay que dejarlos en paz. Además, ya advirtió Violeta que no dará un centavo más a la policía —afirmó la viuda Arenas.

—Desgraciaron a la parejita... todavía me acuerdo que Trini paseaba con Esther en el manantial, ahí convivieron un par de domingos, tumbados junto al teocinte, nos llegó a contar el monero —mencionó doña Saturnina, asentándose una mano en la mejilla y la otra en la pierna huesuda de Claudia.

—Por cierto, Irene, a todo esto... ¿cómo sigue Lorenzo?, al pobrecito infeliz le ha pasado tanto en pocos meses, morirse su única nieta y luego... ¡hay tanta gente infiel “suelta”!—volvió a interferir doña Rigel, quien ya había bebido demasiados licorcitos, cosa que le hacía soltar la lengua.

Situando su mano izquierda en el muslo del hombre del gabán, Irene intercedió para atenuar el ataque en su contra:

—Estimada Rigel, ya quisieras tener treinta años menos para seguir retozando en los placeres de la vida, lo que te da es envidia...

—Cuidado... que el diablo tiene cuerpo y cara. Si nada más habrá que ver...

—a continuación, doña Rigel señaló a Suárez, el moreno volvió a reírse y los demás rieron también.

—Ocurrencias Rigel, el diablo ni existe —dijo Eritrea.

—Ah... el diablo no existe, pero qué tal tú Eritrea —imprecó doña Rigel.

—Mejor, dígnanos ustedes si saben algo de la señora Jacoba y de su hija —preguntó Olga.

—La policía le insinuó a Violeta que todos estaremos sujetos a investigación si Jacoba y Catalina no aparecen... —anunció Kralice.

—¿Y qué temen?, que venga la policía o, ¿acaso las tienen encerradas?, ¿ahora para quién quieren el sacrificio? —inquirió doña Saturnina— Claudia ya está mejor, ustedes han podido comprobarlo, hemos cumplido con todo lo que se nos ha pedido.

—¡Ay... pero dónde se habrá metido esa Jacoba, a lo mejor se fue tras el rastro de Cata, era una muchacha tan descarriadita! —gritó doña Rigel y se empujó su copita con vermut.

—¿Cómo que “era”, Rigel?—preguntó Eritrea, apartando de los labios su cocada.

—Es claro que aquí se nos está ocultando algo, y algo importante... —dijo Olga, mirándose y chupándose las puntas de los dedos con las migajas de hojaldre.

—¡Exigimos la verdad! —exclamó Irene.

—¡Rigel, ni una copa más! —exclamó doña Saturnina.

—Te dije que a mí no me gusta el rompopo y aquí dieron de todo menos rompopo... y como ya se acabó todo lo que no era rompopo, nosotras mejor nos vamos—Rigel se levantó, jaló a Claudia del brazo y dijo fingiendo indignación... —¡Vámonos Carmela Amapola!

Ante tan escarpado diálogo, Carmen pensó que eso de irse había sido la mejor idea de la noche. Heráclito, sonriendo con sorna, creyó que era hora de poner algo de música e hizo sonar la consola con el disco de Saint Saëns, la obra “Danza Macabra”, Tlacuilo se hallaba sentado en el peldaño bajo de la chimenea, mirando y escuchando, Siriaco se mantenía junto a la señora Kralice, y Melgar y Jeremías estaban recargados en la garigoleada herrería negra de uno de los ventanales, comiendo y hablando entre ellos, al tanto del coloquio, prestos a cualquier orden...

—¿Quién las mató? —preguntó Siriaco de manera rotunda.

—Ustedes no tendrían la fuerza para matarlas, además eran sus parientes —mencionó Irene.

—Claro, cómo íbamos a ser nosotras—advirtió Saturnina.

—Entonces, ¿admites que fueron asesinadas, Saturnina? —preguntó la viuda Arenas.

—¡Yo no he dicho tal cosa! —con tesonero énfasis se defendió la vieja.

—Vamos, siempre han confiado en la congregación, no tenemos sigilos, acá todas hemos sido encubridoras... —interfirió Kralice.

—Todas, excepto... Carmen —aseveró Irene quien volteó a ver a la muchacha, Carmen abrió al por mayor los alargados ojos castaños, haciendo temblar sus pestañas.

—Mmm... el celo no te deja vivir Irene. Vámonos Carmela —tajante volvió a la carga doña Rigel, halando del brazo a la muchacha.

—Sería bueno saber si ustedes poseen las escrituras de su casona de Peña Pobre, pues Jacoba les entregó a Carolina a cambio de ese poder patrimonial...

—Así es, ustedes mismas nos dijeron cómo iban a hacer que Jacoba entregara a una de sus hijas...

—Jacoba ya tuvo que haberlas visitado...

—Sabemos que esa señora es ambiciosa, a estas alturas ya habría llegado con todo y abogacía para reclamar por lo suyo...

Mientras todo esto se decía, hablando una y otra, con el objetivo de presionar a las viejas para que dijeran la verdad, Carmen guardaba silencio recordando su secreto: ella misma había arrebatado el sobre con las escrituras de las manos apretadas de Catalina después de haberla golpeado con la tranca, pues a cambio de la entrega de este documento a sus tías, la hija mayor de Jacoba tenía la esperanza de volver a ver a su hermana... a Carmen le tomó unos instantes discernir que debía apoderarse de aquellos papeles, porque las viejas ya estaban muy viejas y pronto morirían, por tanto, ella se quedaría sin trabajo, sin techo y en una ciudad en la que todo le era adverso e impropio... Su mente había sido un torbellino de consternación, avasallándola, pero aquel día tuvo que tomar una determinación en segundos: arrancarles los papeles y esconderlos. Ahora, escuchando a todas esas mujeres en sinfonía con la “Danza macabra”, cerró los ojos y sintió un mareo, alucinó las plagas de azotadores que en épocas del año se estampaban en los troncos de algunos sotos, los ensambles de hongos proliferando entre las raíces, el olor del alcohol alcanforado, las sillitas de palma desintegrándose, las Selecciones deshojándose, la beligerancia de los remolinos de polvo que se levantaban en febrero, al abrir los ojos las sensaciones visuales y olfativas se desvanecieron ante las caras y las fragancias rancias de las viejas, fragancias mezclándose entre la pesada nube de incienso, aquello era un efluvio que no le sacó las palabras para confesarse culpable, sino para arrojar un vómito denso y apestoso, haciéndole regurgitar los trozos de fruta cristalizada, fue tanto el esfuerzo al ejecutar las arqueadas de la garganta, que al final de la última bocarada, tuvo que caer y caer dentro de sí misma, en un desbarrancadero, sin poder tocar fondo para impulsarse a volver.

—¡Carmen!

Ahí estaba la Carmela Amapola, tarareando irreflexivamente la música que había escuchado, atada al tronco del hule, la fogata estaba lista, la gente haciendo rueda...

—¿Dónde están los papeles, las escrituras? ¡Habla Carmen!

La muchacha no podía abrir la boca, porque no podía mover la lengua, como los caracoles cuando ya están muertos adentro del caparazón... Allá en el tanque la orca se movía en círculos, aquel tanque redondo que seguro conectaba con un espacio linfático proveniente del océano, entonces desde allá se desplazaba el mamífero; existiría algún túnel abierto entre las placas tectónicas, guiando el agua, como una vena subterránea, allí habría una cuenca escondida en la profundidad del tanque de la quinta, comunicando con un complejo sistema acuático. También la dóberman daba vueltas alrededor del tronco del hule, como toreando a la víctima inmovilizada, quien apenas podía levantar los párpados para mirar, parecía Bayola... pero en cuanto la visión se le aclaró un poco vio que no era la perra, sino una de todas esas mujeres adquiriendo, como una primate, la habilidad de correr sobre pies y manos, ¡inverosímil, todas eran viejas para hacer esas cosas, se habrían roto los huesos en pedacitos!, segundos después se dio cuenta que al paso de la criatura, corriendo sobre pies y manos, se dejaba un rastro perfumado a “Corina Guerrera”. Allá, afuera del búngalo, Claudia estaba aún más alta, era realmente terrorífica, sus hermanas eran dos bultos negros que Carmen no podía distinguir, como si fueran sombras, la viuda Arenas estaba junto a ellas y las sauditas, con las cabelleras hasta los pies, se hallaban rodeadas por seis animales, quizá esos hombres tenían la facultad de aquella conversión, de manera cardíaca la muchacha descubrió una hiena que con su bramido turbaba a la noche, turbaba a los murciélagos y a las ardillas también, éstas oscilándose nerviosamente, encaramadas entre las laberínticas ramas del hule. Irene cesó de correr alrededor del tronco, vadeando ágil las raíces

sin amurillar, siendo así, trepó con celeridad para mirar desde arriba a la víctima; aposentada en una rama, atrapó un quiróptero haciendo chocar sus alas contra las grávidas hojas, al sentirse cautivo, el animal se encolerizó preparándose para enterrar una rabiosa mordida. Irene arrojó el murciélago directo a la cara de Carmen...

31. Diciembre

Tocaron la aldaba del portón, por pura prudencia pues la puerta estaba entornada ya.

—¡Pásale...! —se oyó un grito carrasposo desde adentro, acto seguido el muchacho alto, trigueño y de cabellera rizada, entró a la casona.

—Buenos días, yo soy Iván... —se presentó ante las viejas y situó su valija a un lado de él.

Las viejas miraron y se apalabraron al mozo, indicándole sus deberes, después le mostraron la casona y lo llevaron a su dormitorio para que acomodara sus cosas. Al rato, Iván sacó de la bodega las series de lucecitas y escarchas navideñas para adornar un par de arbolitos raquíuticos, después fue por los cartones donde se arrojaban las figuras de barro. Al otro día, muy temprano, iría por el musgo y el heno, así acomodaría, en buena parte del jardín de la casona de Peña Pobre, el nacimiento para las festividades decembrinas.



















Sumario

1. Ad infinitum.....	7
2. Lo habitual.....	11
3. La viuda Arenas.....	14
4. Irene Saldaña.....	17
5. Las saudititas.....	19
6. Té de romero.....	22
7. El hombre del gabán.....	25
8. La casa anaranjada.....	29
9. Claudia.....	30
10. El joven Trinidad Ramos.....	34
11. “Cumbia de los pajaritos”.....	40
12. Las catrinas.....	44
13. Cinabrios.....	48
14. En la quinta “El pavorreal”.....	51
15. El bungalow.....	53
16. “Jerez”.....	56
17. Aceite de ricino para tocador.....	59
18. Esto es como matar.....	61
19. Cólico.....	65
20. Melancolía.....	69
21. La orca.....	71
22. El dosel de la cama de Violeta.....	76
23. Festejando el milagro.....	79
24. Caldo de res.....	83
25. Daga de plata.....	85
26. La tranca y gelatinas de pistache.....	87
27. Felpa y rompopo.....	91
28. Liberados.....	96
29. Diálogo escarpado.....	98
30. Rabia.....	102
31. Diciembre.....	104
Ilustraciones.....	105

Este
libro se
terminó de
imprimir en el mes de
septiembre de 2022 en los
talleres gráficos de Letra mental. Calle
Pasaje de Altiplano No. 8, Col.
Izcalli San Pablo, C.P. 54930,
Tultitlán, Estado de
México.